

La Ilustración Artística

Año XV

BARCELONA 3 DE AGOSTO DE 1896

Núm. 762

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DÍAS FELICES, cuadro de Francisco Masriera

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por E. Pardo Bazán. — *El pórtico de la Gloria*, por R. Balsa de la Vega. — *La turbia*, por A. Danvila Jaldero. — *El fracaso*, por A. Sánchez Pérez. — *Dos anónimos* (continuación). — SECCIÓN CIENTÍFICA.
Grabados.— *Días felices*. — *El pórtico de la Gloria*. — *En el campo*. — *Familia de saltimbanquis*. — *Campeño de Asturias*. — *Luna de miel*. — *La turbia*. — *Visita intempestiva*. — *El príncipe Carlos de Dinamarca y su esposa Maud*. — Torre heliográfica. — *Jorge Beróvilch*. — Máquina de escribir Hammond. — El fluoroscopio de Edison. — *La Aurora*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

UN HOMBRE DE ESTE SIGLO

Aun cuando el asunto que hoy elijo parezca estar fuera del círculo en que se encierran habitualmente estas crónicas, aun cuando pertenece al número de los que suele tratar aquí el egregio Castelar, yo haré por presentar á Edmundo de Goncourt, mi amigo y maestro, que acaba de morir en París, desde tal punto de vista, que se reconozca su derecho á merecer detenida y honorífica mención en las reseñas de la *vida contemporánea*. Edmundo de Goncourt es sin duda un hombre representativo de nuestro siglo, de sus refinadas curiosidades, de su culto místico del pasado, de su pasión por el arte, y tal vez de su esterilidad para crear arte propio, lo cual obliga á la generación presente á vivir de restauraciones arqueológicas. Debemos contar á Goncourt entre los primeros á impulsar este movimiento, entre sus precursores y guías, y reconocer que el despachito de Auteuil era un foco de donde irradiaban luces y chispazos, no tanto de ideas como de aficiones, de revelaciones estéticas, que modificaron sensiblemente el gusto de la generación actual.

Nadie regateará á Edmundo de Goncourt el título de insigne literato y primoroso escritor, ni menos el de erudito: ninguno hubo más sepultado que él en los libros, lo mismo en vida de su hermano Julio y en el ardor de la no interrumpida colaboración que ambos realizaron durante tanto tiempo, que después de la muerte de aquel hermano queridísimo, cuando ya el estudio y el trabajo fueron para Edmundo derivativos de la pena. Sin embargo, yo que tanto he leído las obras de Goncourt, creo que la huella más profunda de su genialidad no está grabada en las letras. Como literatos, los dos hermanos son originales, en el verdadero sentido que una crítica sutil puede atribuir á la palabra *originalidad*; es decir, que su estilo y sus conceptos no pueden confundirse con los de otro escritor de su época, ni referirse á ningún modelo anterior, á ningún predecesor ilustre. Pero esta misma originalidad, esta personalidad tan acentuada de los Goncourt, les ha estorbado para formar prosélitos y escuela literaria. No ha faltado quien tratase de imitarles, sin fruto y sin gloria; su nombre fué, durante algunos años, bandera de insurrección; su doctrina del *documento humano* levantó polvareda; sus prolijas descripciones y su empeño de producir, por medio de vocablos, la sensación de la pintura, causaron estragos entre alguna gente joven y otra que no lo era tanto, como Huysmans; mas fué todo ello un pasajero alboroto, remolino de polvo y aire...

Para darse cuenta del verdadero papel de los Goncourt, comparádeslos con cierta gran figura literaria de su nación y de su siglo: Víctor Hugo. La enorme celebridad, el dinamismo literario del autor de los *Miserables* resaltan á primera vista. No habrá comarca del globo donde no se hayan traducido obras de Víctor Hugo; no habrá periódico ilustrado que no haya publicado su retrato; no habrá persona que sepa leer que alguna vez no haya leído su nombre; con las parodias de sus *orientales* se podría erigir una torre de papel impreso ó manuscrito; con los números de los diarios que le han prodigado alabanzas y dicterios se podrían empapelar las casas de una populosa capital. Pero buscad en las costumbres y en la vida contemporánea rastros del paso de ese rutilante cometa. Nada os lo recordará; en nada lo encontraréis. El mobiliario de vuestra morada, las ropas que os cubren, el arte que os deleita, la mujer que halaga vuestros ojos y vuestro corazón... no os hablan de Hugo y de su gloria literaria, tan reciente y tan fulgurante. Por el contrario, en cualquier detalle de nuestra vida civilizada os sería fácil reconocer la acción de Goncourt, siempre que conozcáis lo bastante su biografía, su historia y el asunto de gran parte de sus libros, de los que hoy se consideran más importantes.

La humanidad es indiferente y olvidadiza. Recibe la dádiva, se la apropia, y sepulta hasta el nombre del donador. Hace pocos días, platicando yo con uno de los contados verdaderos sabios que tenemos en España, salió á relucir otro sabio francés, del cual hablé yo con cierto benévolo desdén, porque no sabía sino que había muerto centenario. «Ese hombre de quien sólo recuerda usted la ancianidad — díjome

el sabio español — ha sido sin embargo uno de los bienhechores con quienes somos tan ingratos. Cada vez que encienda usted una bujía, acuérdesse de Chevreuil, á quien las debemos.» Goncourt no es un descubridor ni un inventor: es otra cosa, es un *revelador*. La transformación del gusto moderno, desde mediados del siglo, no sostengo que proceda de él exclusivamente, pero sí que en él adquirió conciencia de sí misma. Ya sé que esta transformación del gusto no carece de censores y detractores; que no falta quien la considere una forma de decadencia, un amaneramiento, una afeminación. Nadie podrá negar, así y todo, que ha ensanchado los límites de la belleza, y que ni los que la censuran dejan de rendirle culto: tan rápida y seguramente se ha infiltrado en nuestros sentidos y en nuestra fantasía.

¿Y cuál ha sido el papel de Goncourt en esta transformación? Lo señalaré en breves palabras. El influjo de los Goncourt se manifiesta de un modo principalísimo en el advenimiento del arte japonés y en el triunfo indiscutible del arte del siglo XVIII. Podrían agregarse á las conquistas de Goncourt el *colorismo* y el documento íntimo en la historia. Sigamos las corrientes del gusto actual y hallaremos en su origen á los Goncourt. Sin duda ese gusto estaba en la atmósfera; sin duda la imaginación de nuestro siglo se encontraba predispuesta á recoger y estimar y adaptarse esos elementos de belleza y de carácter; no por eso los Goncourt dejarán de haberlos presentado y apreciado y difundido antes que nadie.

¡Qué pronto cundieron! Hoy llegan á todas partes, hasta á los villorrios, los míseros villorrios de mi tierra, en los cuales ya han penetrado el exótico abanico nipón, el falso mueble de Boule, la silla de bambú y la pieza de rameada batista trianonesa, de la cual la hija del pedáneo ó la sobrina del cura cortarán, por un figurín inspirado en algún cuadro de Watteau, el vestido para lucir el día de la fiesta patronal. Pero no consideremos estas influencias así, en caricatura; estudiémoslas en las esferas más elevadas de la sociedad. Y aquí sí que son una epidemia los dos estilos favoritos de Goncourt, y sobre todo el rococo, el arte anterior á la Revolución francesa, los dos reinados de Luis XV y Luis XVI. Al empezar los Goncourt, hace cincuenta años, á recoger y coleccionar en las tiendas de los anticuarios y chamarileros de París porcelanas, cajitas, telas, bronce, libros, estampas y hasta abanicos de esa época, consiguieron maravillas á precios baratísimos, porque á nadie se le ocurría entonces gastar en baratijas tales, absolutamente pasadas de moda. Pues bien: baste saber que, en la actualidad, el objeto de arte que más alto se cotiza en el comercio de antigüedades — más que el bizantino, más que el gótico, é infinitamente más, por supuesto, que el del Renacimiento — es el objeto del siglo décimooctavo, desdeñado ayer. En el presente año — que ha visto morir al último de los Goncourt — no sólo se estima ese estilo, pero se falsifica, se imita rabiosamente, y domina y señorea en el mobiliario y el traje. Penetrado en el gabinete de una dama de estas que viven en los ápices de la moda. De fijo que la dama no sabrá el nombre de Edmundo de Goncourt, ni habrá tenido en las manos ninguno de sus libros, así los recreativos como los didácticos. Sin embargo, la susodicha dama y cuanto la rodea está impregnado del gusto y del sentimiento artístico del cual fué Goncourt pregonero. Reviste las paredes un *lamps* de colores suaves y pálidos, copia exacta del que cubría el tocador de María Antonieta. Los muebles son de laca blanca y azul, de formas conorneadas, semejantes á las involuciones de las conchas del mar, y ajustados á un modelo de Versailles. Figuritas de blanco *biscuit*, pastores y pastoras, decoran la chimenea. Sobre una mesa cuyos bronce se inspiran en riquísimos bronce antiguos, se ve un libro metido dentro de una carpeta de brochado Pompadour, con galones de plata vieja. El retrato de la dueña de la casa, que descuello encima del sofá, cercado por finísima moldura dorada de volutas y rosas, no es un *óleo*, es un *pastel*, de tonos apagados, obra reciente que recuerda las joyitas de Latour, esos retratos deliciosos del pelo empolvado y los *fichús* blandamente sujetos sobre el seno por una lánguida flor...

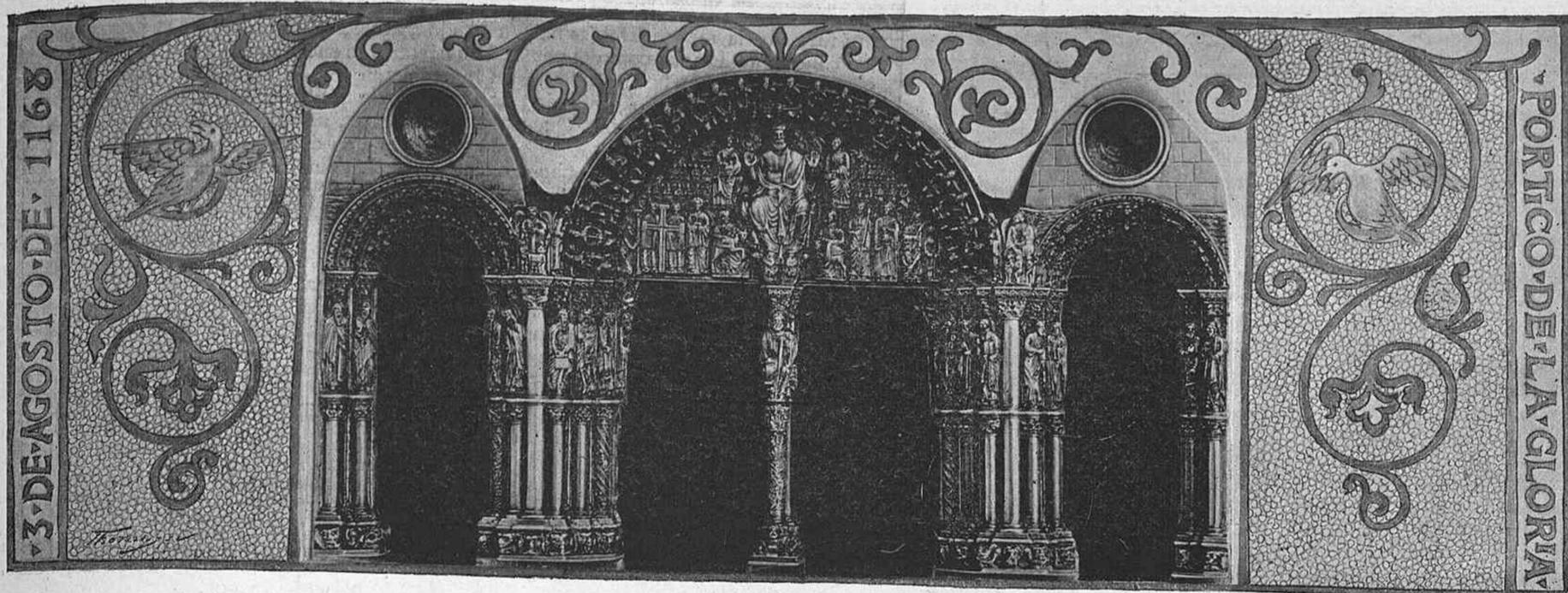
Observad cómo va vestida la dama que se dispone á salir. Ciñe su talle una casaca Luis XV, salpicada de capullos, con botones de esmaltadas miniaturas; y el sombrero que aureola su rostro es un *marquise* atrevido, digno de las cacerías á que asistía la Dubarry con uniforme de *cheveau-léger*. Su mano, saliendo de una ola de puntilla rancia, aprieta el puño de la sombrilla, puño de porcelana de Sevres ó de plata cincelada, en forma de cayado — una sombrilla que está gritando por Trianon. — Revolved los armarios de la dama que hasta el nombre de Goncourt ignora, y en ellos encontraréis desde el perfumado saquito guardaencajes, reproducción exacta del que usa-

ban la Lamballe ó la Polignac, hasta el abanico de nácar con galantes pinturas, que en medallones de oro rodeados de turquesas lleva los bustos de la familia del rey decapitado. Estamos invadidos por el siglo XVIII, conquistados y seducidos por su finura, por su gracia, por su distinción, por su aristocracia de pura sangre; y esta restauración victoriosa la empujó Goncourt, no sólo desenterrando y coleccionando preciosidades, sino analizando y estudiando ese período en libros donde la erudición se deriva de la sensibilidad estética.

Alejaos del elegante gabinete, y entrad en cualquier Exposición, en cualquier museo de arte contemporáneo y en los talleres de pintores, escultores y decoradores, y veréis clara, como la luz, la influencia del japonismo, aunque probablemente tampoco muchos artistas contemporáneos sabrán el nombre de Goncourt. No sólo en los cachivaches orientales que adornan y realzan con sus raras formas y su vivo colorido los muros del taller; no sólo en las armas fantásticas, en los sables de esculpida vaina, en los *Kakemonos* donde vuelan las grullas y echan fuego por los ojos los dragones y los monstruos quiméricos que parecen abortos de la pesadilla, sino en el lienzo que el artista empieza á manchar, en el dibujo que traza velozmente, en los adornos que desarrolla sobre el recuadro, en el barro que modela os sorprenderán reminiscencias de la peculiar concepción del arte japonés, y se os vendrán á la memoria los curiosos y geniales cuadernos de los grandes artistas japoneses. Hasta en los periódicos ilustrados, en la caricatura, veréis la marca del Japón, el aura oriental. Paseaos por las calles de las ciudades más cultas y registrad los escaparates de las tiendas: porcelanas y barro del Japón, biombos del Japón, minutas japonesas para la comida, telas con dibujos japoneses, ceniceros japoneses, hasta retratos sobre papel de arroz... Milagro será que en vuestro despacho mismo, cerca del *Buda* dorado, no se luzca el gran vaso de bronce, ese objeto de arte sorprendente y hace años desconocido, ó el grupo de luchadores, que compite con las estatuillas griegas. ¿Que esta invasión no puede ser obra de un hombre solo? Me he anticipado á declararlo, no se me acuse de que le cuelgo milagros á Edmundo de Goncourt. Nadie hace milagros de esta índole, y menos hoy, cuando las relaciones entre los diversos países del globo se estrechan cada día, las comunicaciones son rápidas y frecuentes, cierto término medio de ilustración se ha generalizado, y todo viajero que vuelve de esas comarcas misteriosas conoce lo que debe traer en su maleta, lo pintoresco, lo raro aquí, y lo trae y lo conserva y lo divulga. Insisto en que las transformaciones del gusto, si son obra colectiva, tienen sus heraldos, que arrojan en un círculo de inteligentes las primeras semillas, y con su entusiasmo, con su prestigio, con el contagio de su admiración, consiguen aclimatar lo forastero, restaurar lo olvidado y cambiar el rumbo del sentimiento artístico.

¿Adónde irá á parar, ahora que Goncourt ha llegado al término de su carrera, la inestimable colección, los libros únicos, las rarezas cazadas con tales arduos y una paciencia tan ardorosa, por decirlo así, en los desvanes, en las trastiendas, entre el polvo de los almacenes, dentro de los cajones de un mueble desvencijado y hasta debajo de tierra? Una de las cosas más tristes de este mundo, donde tantas tristezas nos rodean, es la dispersión de las colecciones por muerte del coleccionista. Manos ávidas se tienden hacia los tesoros, á los cuales prestaba su dueño fisonomía personal, el carácter de su espíritu. Todo se descompone, se trastorna, se profana, se desarmoniza. Y es el destino: ni una colección se salva. Aunque Goncourt, en vez de mantenerse célibe, hubiese fecundado una familia, sucedería lo propio, pues no sólo es poco frecuente que los hijos tengan las aficiones del padre, sino que suele dolerles ver paralizado el no despreciable capital que la colección representa. Queda el recurso de legarla á otro aficionado maniático, ó bien á un Museo: lo primero no lo hacen jamás por envidia y celos póstumos, pues no hay Otelo ni hay tigre comparable á un coleccionista; y lo segundo, si tiene la ventaja de evitar que la colección se desparrame y la arroje la tempestad á la playa inhospitalaria de las tiendas, en cambio roba á esos objetos animados por la voluntad de un hombre el *yo no sé qué* en que consiste su encanto... Los objetos reunidos por Goncourt formaban parte de su alma; eran algo que me es imposible representarme en otra parte más que en aquella casita de Auteuil, tan pequeña y cuca, con su jardín, donde, en vez de los vulgares figurones de cinc con que suelen adornarse los cenadores y los bosquetes, había magníficas porcelanas... ¡Pobre Goncourt! Murió pensando en que todo eso iría á parar á la subasta..., al martillo...

EMILIA PARDO BAZÁN



EL PÓRTICO DE LA GLORIA

(?) de agosto de 1168

Celebrísimo pórtico cubierto de la catedral compostelana, obra del arquitecto y mazonero el maestro Mateo

A la piedad de D. Fernando II de León débese esta obra prodigiosa, sin igual en el mundo.

Sabida es de todos la importancia que en el orbe cristiano tuvo durante larga serie de siglos la catedral de Santiago. Nadie ignora tampoco la historia de ese templo, sepulcro erigido por la fe de reyes, príncipes y magnates al *Hijo del Trueno*.

La actual fábrica álzase sobre otra llamada la *catedral vieja*, edificio de recios muros y fortísimos machones, construída por el maestro Mateo. Levántase la cabecera de la catedral grande sobre el mismo lugar (pequeña colina) donde según la tradición piadosa fué descubierto por el obispo de Iria-Flavia, Teodomiro, el sepulcro del apóstol Santiago el Mayor.

Origen de la ciudad, la actual catedral sería por sí sola motivo más que sobrado para dedicarle un artículo, si no me hubiera propuesto ocuparme únicamente de obras de escultura y pintura ó de aquellas en las cuales entre en gran parte á formarlas cualquiera de las citadas artes. En este concepto, y aun á trueque de que pueda ser contestada la certeza de esta *efeméride* por varios de los eminentes arqueólogos que en Santiago de Compostela se han ocupado, muy recientemente, de las antigüedades de todo orden que dicha ciudad atesora, conmemoro hoy la prodigiosa obra del maestro Mateo.

* *

Andados los años del primer tercio del siglo XI, cuando todavía la cristiandad miraba al cielo, pálido el rostro y retratado en los ojos el espanto que le produjera la horrible predicción que debía realizarse en el año *mil*; cuando todavía parecía escucharse en el mundo occidental el eco de las plegarias en demanda de piedad, y el tañido funeral de las campanas doblando por la humanidad entera, próxima á desaparecer entre las ruinas del planeta que habitamos, y en la mente del cristiano se reproducían, como en placa fotográfica, las escenas de hambre, de desolación, de los fenómenos extraordinarios acaecidos en mar y tierra en varios países de Europa; cuando todavía humeaban las ciudades que incendiara Almanzor, y por lo más escondido y abrupto de las montañas de Asturias, cual procesiones de fantasmas, vagaban clérigos, príncipes y pueblo buscando hogar seguro para depositar las reliquias y las imágenes de los santos que precipitadamente recogieran de León y del resto del naciente reino reconquistado por los Pelayos, Alfonsos, Ramiros, Fernandos, etc.; cuando en fin, comenzaba á iniciarse aquella exaltación que como reacción poderosísima de incontrastable fuerza, como expansión mística de los espíritus conturbados por la horrible prueba del milenario, tantas obras prodigiosas de arte había de producir, dióse comienzo á la actual catedral de Compostela, á la que pertenece el pórtico llamado de la *Gloria*.

La traza de este monumento es del estilo del resto de la basílica; estilo que no se empleó en ninguna otra de sus dimensiones, pues el área que ocupa es de 9.500 metros cuadrados. Con decir que fué trazada la fábrica á los mediados del siglo XI, es bastante para que se impongan cuantos no conocen esta catedral, digna de ser admirada por propios y extraños, cuál

sea su arquitectura, del más puro románico-bizantino.

Fué el pórtico de la *Gloria* el de acceso á la nave central, hasta el siglo pasado en que se construyó la fachada llamada del *Obradoiro*, que hoy lo oculta. Para que se pudiera llevar á cabo la obra del pórtico, D. Fernando II de León confirmó á la basílica el privilegio de acuñar moneda. Según los datos que pueden suministrar, así el citado privilegio como otros documentos existentes en los archivos de la catedral compostelana, debió dar comienzo el maestro Mateo á obra tan portentosa en el mes de agosto de 1168. Descubrióse á la admiración pública el día 1.º de abril de 1188.

A pesar de haber sido durante seis siglos pórtico exterior, resguardado únicamente por un pequeño *nartejex* de gusto ojival, probablemente adherido en el siglo XIV, la exquisita policromía que iluminaba aquella multitud de figuras, monstruos, follaje, etc., de la decoración, ha llegado en parte hasta nuestros días, haciéndonos presumir cuál debió de ser el efecto estético que causara en cuantos contemplaban por vez primera obra tan sublime.

Es todo el pórtico de piedra sillería, excepción hecha de los fustes de cuatro columnas historiadas que pertenecieron al primitivo templo erigido, si no me es infiel la memoria, en el último tercio del siglo X. El fuste central del parteluz es de ónix (y aquí sigo al pie de la letra la descripción que de este monumento hizo mi querido amigo el erudito arqueólogo santiagués D. Bernardo Barreiro.) En el citado fuste se representa el árbol de David con once figuras, y las de la Trinidad en el capitel; los otros son de mármol, y en ellos vense esculpidos el sacrificio de Abraham, Melchisedech, Raquel y una alegoría que simboliza la lucha del cristianismo con las falsas religiones.

En el gran arco central llamado el de la *Gloria* y en los menores del *Purgatorio*, *Limbo* é *Infierno*, la imaginación del artista, que los cuajó de figuras, alcanza los límites de lo maravilloso. Vese en el gran arco al *Salvador*, figura colosal sedente, rodeado por los Evangelistas, ocho ángeles con los símbolos de la Pasión, cuarenta y dos bienaventurados que ostentan pergaminos, ángeles con incensarios, y los veinticuatro ancianos del Apocalipsis, sentados en la archivolta y tañendo diversos instrumentos. En el arco del *Purgatorio* miranse diez ánimas rodeadas de llamas y sujetas á la archivolta por un baquetón á modo de sarta; once á las cuales no sujeta moldura alguna, y algunos arcángeles que purifican y conducen á la *Gloria* varias almas que hacen el tránsito orando. Estas figuras ostentan coronas y tarjetones. En el arco del *Limbo* siete ángeles cubren las almas con paños y otros las conducen al cielo. En el *Infierno* las almas de los pecadores, que guarnecen el estradós de la archivolta, hállanse colocadas entre lagartos y reptiles de extraña catadura y son devoradas por los demonios, figuras verdaderamente espantables y que parecen haber surgido de la mente exaltada todavía con el recuerdo de los terrores pasados. Por cierto que entre los condenados se ve un rey con su corona.

Adosadas á las columnas y de tamaño de más de dos tercios del natural están las figuras de Moisés, Isaías, Daniel, Jeremías, Baruch, Ezequiel, Oseas, Joel, Amós, Judit, Esther, Judá, Micheas, Jonás y las de los apóstoles. Representados en los capiteles miranse: Jesús tentado por Satanás, la *idolatría* arrastrando á los pueblos, el castigo del blasfemo, el Padre Eterno y otras escenas y representaciones simbólicas. Sostiene el parteluz y entrecorcha un hombre

echado de bruces sobre un tarjetón y con un león debajo de cada brazo. Las opiniones de los eruditos y arqueólogos no están acordes en la persona que representa el hombre dicho, y mientras unos creen que representa á nuestro primer padre Adán, otros creen que es el rey D. Fernando II, y aun varios afirman que es Sansón el representado de tal modo. Por último, la figura que de rodillas se ve detrás de esta que motiva las discusiones de los sabios es la del propio maestro Mateo.

Verdaderamente es asombroso este pórtico, por la riqueza de su ornamentación, por la imaginativa del artista, por la fuerza creadora que representa, por revelar y sintetizar de modo tan claro las aspiraciones é ideales de una sociedad. Pero si desde ese punto de vista, punto de vista que se presta á hondas investigaciones sociales, históricas, etc., es, como digo, asombrosa la obra del arquitecto del rey leonés, desde el punto de vista del arte por el arte pasma. Principalmente las estatuas adosadas á las columnas son de una pureza y corrección de línea, de un realismo tal y de una fuerza espiritual al propio tiempo tan grande, que es preciso remontarse á los artistas coetáneos del autor del *Zuccone* y de Gattamelata para encontrar aquellas proporciones y aquella corrección de dibujo con que supo trazar sus estatuas icónicas el insigne mazonero del siglo XII.

Así lo comprendió el gobierno inglés hace muy cerca de cuarenta años, al pedir el correspondiente permiso para hacer un vaciado de todo el pórtico. Hoy dicho vaciado es una de las más preciadas joyas que guarda el Museo Kensington, y allí vieron muchos españoles esta maravilla maestra, antes que el original, siendo uno de esos españoles el eximio novelista Pérez Galdós.

Un detalle. El gobierno británico regaló al español una reproducción del *Pórtico de la Gloria*, y al cabo de cuarenta años no se ha podido averiguar aún el paradero del regalo.

R. Balsa de la Vega

* *

EL PÓRTICO DE LA GLORIA

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES É INDUSTRIAS ARTÍSTICAS

Barcelona 1896

Una obra notabilísima, expuesta en el grupo primero de Metalistería de la Sección de Industria Artística, debida al cincel del artífice Sr. D. Jesús Paz Regidor, nos ha permitido reproducir con fidelísima exactitud la monumental creación del maestro Mateo; cumpliendo así con el doble deber de encabezar gráficamente la presente *efeméride* de nuestro compañero R. Balsa de la Vega, y el de dar cuenta de un trabajo que ha merecido, por acuerdo unánime del Jurado, la recompensa de una Mención honorífica especial.

Merecedor es el Sr. Paz Regidor de tan alta recompensa, pues á la dificultad material de esculpir en acero su obra, en dimensiones iguales cuasi á las del grabado que publicamos, se reúne la perfección de una ejecución artística primorosa, al reproducir con los más ínfimos detalles y con el sentimiento exacto de la estructura total los diversos y variados elementos escultóricos que decoran la soberbia obra cuya erección hoy conmemoramos.

Sólo el cincel de un artista, el entusiasmo y una voluntad firme é inquebrantable son capaces de llevar á feliz término una obra como la que nos ocupa. Para encerrar en los límites reducidos de un pequeñísimo prisma de acero la soberbia composición del Pórtico de la Gloria, abriendo en el metal desde la traza general hasta los accidentes más diminutos con prolija exactitud y sin menoscabo del carácter artístico y peculiar de la obra, necesarias son cualidades excepcionales como las que posee el artífice Sr. Paz Regidor, á quien felicitamos de todas veras.

LA TURBIA

COSTUMBRES DE MADRID

Bien dice el refrán «que unos cardan la lana y otros llevan la fama.» Abí tienen ustedes al Manzanares, tan humilde, tan manso y tan bien criadito, prestando inapreciables servicios á la villa coronada en el ramo de policía urbana; sirviendo además de lavadero general, sin atreverse, sino en rarísimas excepciones, á salirse de sus naturales riberas; y sin embargo, desde los tiempos de Felipe III acá, ¡cuántos dicharachos burlescos, cuántos epigramas insultantes, cuántas imprecaciones denigrantes en prosa y verso le han prodigado nacionales y extranjeros, empeñados en darle el papel de río cómico entre los demás ríos de carácter de nuestra patria! En cambio para el Lozoya todo son alabanzas y encarecimientos. Los hidrólogos han colocado sus aguas en el tercer lugar en la escala comparativa de las españolas; los médicos ensalzan sus bondades digestivas, y hasta las patronas de huéspedes le declaran sin rival para la cochura de los garbanzos, así sean éstos de los más duros y endiablados que se consumen en esos antros de á seis reales con principio. El coro de alabanzas científicas es general, y sin embargo el tal Lozoya es un pícaro guasón de la peor especie, que con frecuencia, lo mismo en invierno que en verano, se complace en *tomarles el pelo* á los madrileños de la manera más desconsiderada. Basta con que lluevan cuatro gotas en las faldas del Guadarrama ó en la extensa meseta donde se asienta la capital de la monarquía, para que inmediatamente el Sr. Lozoya se apresure á recoger toda la tierra y arena que encuentra á su paso, y ya tienen ustedes las famosas aguas convertidas en un líquido rojizo y repugnante que invade los depósitos del Canal de Isabel II, saliendo luego á luz en forma de barro acuoso por los mil y un caños de las fuentes públicas y particulares.

Y aquí comienza la broma que da ocasión á no pocas peripecias domésticas, porque es lo que dice doña Gumersinda, esposa de don Donato, oficial tercero de la clase de cuartos de la Junta de clases pasivas, increpando á su doméstica Felicianita, que contempla impávida el chorro de agua sucia que se derrama en la pileta de cinc de la cocina:

— ¿Y qué hacemos ahora?.. Mujer, eres lo más avestruz que he conocido. ¿No oíste anoche que el señor leyó en *La Correspondencia* que iba á haber una turbia?

— ¡Y yo qué quiere usted que le haga! ¡Pues ni que fuera una la presidenta del canal! Vaya una gracia.

— Pues á mí maldita la que me hace. Anoche, que aún venía el agua clara, debiste llenar la tinaja, la artesa y todos los cacharros de la cocina.

— Pero como ustedes me enviaron á casa de don Gervasio con el recado aquel...

— Que duró tres horas, porque tú en saliendo á la calle se acabó. ¡Mire usted que desde las ocho hasta las once y media para ir á la esquina tiene lances! ¡Dichosos noviajos! Si yo fuera el gobierno metía en la cárcel á todos esos *golfos* que andan haciendo el amor á las criadas para luego entrar en las casas á ver lo que cae...

— ¡Señora, contesta ofendida Felicianita, mire usted lo que dice, que yo no me trato con *golfos*!

— Sí, ya sé que tu fuerte es la milicia. Debías haber ido á Cuba de cantinera y estarías como el pez en el agua.

— ¡Gumersinda!, dice una voz de bajo profundo que sale de la habitación contigua á la cocina. Que me entre esa agua para afeitarme.

— Sí, buena agua nos dé Dios. Si esto parece chocolate de la Colonial.

— ¡Gumersinda!, repite D. Donato, que tengo que...

— Ya lo sé, pero hay turbia; viene el agua imposible y en la casa no hay otra. Si quieres afeitarte con agua de Loeches, en la alcoba hay dos botellas.

— Mujer, por los clavos de Cristo, ¡qué me he de afeitar yo con una purga para que me haga efecto en la oficina hoy que es día de firma! Que vaya esa gaz-

trinando á la oficina, en tanto que Felicianita, provista de un cántaro, se encamina hacia la fuente de la plaza inmediata, que por ser de los *viajes antiguos* se halla exenta de las turbias del Lozoya.

Por esta causa una cola inmensa, inconmensurable y bifurcada en distintas direcciones por disposición del guardia municipal encargado de mantener el orden en aquel gallinero se extiende por la plazuela. La algazara y el bullicio son constantes y permanentes entre aquella turbamulta que aspira á recoger su porción de agua clara y que de tal suerte entretienen la prolongada espera.

— ¿Quién da la vez?, grita Felicianita dirigiéndose á uno de los extremos de la cola.

— Yo, hija, contesta una vieja portera con un carrillo hinchado y cubierto con un pañuelo negro.

— Vaya, pues ya tenemos *pa rato*. *Apenitas* si hay gente delante.

— Y yo que tengo la portera *abandoná*. Y luego si ocurre algo dirán que la portera, que si fué, que si vino...

— Pues lo que es en dos horas *ú tres* no llegamos al caño.

— De esto *nai*de tiene la culpa más que el ayuntamiento, replica la portera. Si esos fariseos de concejales cuidaran del Lozoya y no le dejaran ponerse perdido...

— Si dice mi amo, que es *empleao* del gobierno, que *too* consiste en que el depósito es chico para tanta gente como consume, no se puede reposar y la dan como viene.

— Pues que hagan una docena *ú dos* de depósitos grandes. *¡Pa* qué quieren el dinero que sacan de los consumos y de las *céculas* de vecindad?

— Toma *pa* irse de *cu-chipanda* á los Viveros.

— ¡Puede!

— ¡Vaya! La otra tarde me fuí yo de paseo con un primo mío que es de *húsares* de Pavía, y allá en el Puente de los Franceses nos encontramos dos *omni-buses* llenos de señoritos *toos apitimaos*, y me dijo mi primo:

— Esos son del ayuntamiento.

— Sí, no puede ser otra cosa; y como se dan al vino, el agua les tiene sin *pizca* de *cuidao*.

— ¡Así reventaran!

— Amén.

— Y ese sin vergüenza de guardia bien podía tener más pupila y no consentir que vengan algunos con dos cubas, lo cual que no acabaremos nunca. No sé *pa* que sirve la *autoridad*.

El dueño de las dos cu-

bas, robusto gallego que hasta entonces no ha tomado parte en la conversación, siéntese ofendido y exclama:

— Estas cubas están aquí *pur lu* que están.

— Claro, ya me figuro que ellas solas no habrán venido.

— Las he *traído* yo, que *vengu* con ellas desde la calle del Pez, *cargadu* como un animal.

— Como lo que eres, maruso.

— *Esu mismu digu* yo y *ademáis* potranco.

— ¡Gallego, *mamiluco!*, grita la Felicianita. ¡Llevarlo á la cuadra!

— Mira que te doy una puntera y te *rompu* el *cántaru*.

— ¡Agarrarlo, agarrarlo que está loco!, contesta la criada dando desafortunadas voces.

Al oír los chillidos de la maritornes, la cola se alborota, todos se vuelven hacia los contendientes y estalla una tempestad de voces, silbidos, aullidos é imprecaciones de todas clases.

EN EL CAMPO, cuadro de José M.^a Marqués

nápira al segundo piso y le pida á doña Flora una poca, que ella de seguro habrá hecho provisión.

— Anda, Felicianita, que te llenen ese puchero.

La sirvienta sale precipitadamente, y á los pocos minutos regresa con el cacharro lleno del precioso líquido, diciendo:

— Que tiene muy poquita, pero que por ser para ustedes... si quieren les llenará la botella para el almuerzo.

Y al decir esto la fámula mete el pie en un descosido de la estera, da un traspies mayúsculo y parte del donativo de doña Flora cae sobre su ama, que grita:

— ¡Animal! Mira lo que haces. ¡Eres de lo más burro que he conocido! ¡Jesús, Dios mío, qué avechuchos crías!

El avechucho gruñe. D. Donato bufa. Doña Gumersinda reniega, y por fin con escurriduras del jarro del lavabo y otro empréstito á la amable vecina consigue conjurarse por el momento el pavoroso conflicto, y el empleado se afeita, almuerza y se marcha

bas, robusto gallego que hasta entonces no ha tomado parte en la conversación, siéntese ofendido y exclama:

— Estas cubas están aquí *pur lu* que están.

— Claro, ya me figuro que ellas solas no habrán venido.

— Las he *traído* yo, que *vengu* con ellas desde la calle del Pez, *cargadu* como un animal.

— Como lo que eres, maruso.

— *Esu mismu digu* yo y *ademáis* potranco.

— ¡Gallego, *mamiluco!*, grita la Felicianita. ¡Llevarlo á la cuadra!

— Mira que te doy una puntera y te *rompu* el *cántaru*.

— ¡Agarrarlo, agarrarlo que está loco!, contesta la criada dando desafortunadas voces.

Al oír los chillidos de la maritornes, la cola se alborota, todos se vuelven hacia los contendientes y estalla una tempestad de voces, silbidos, aullidos é imprecaciones de todas clases.



Familia de saltimbanquis en marcha, cuadro de J. Araujo



Familia de saltimbanquis descansando, cuadro de J. Araujo

- ¡A la cárcel esos!
- ¡Fuera el gallego!
- ¡Matarlo!
- ¡Que baile, que baile!

Aprovechando el tumulto una chicuela desarrapada trata de ganar algunos puestos en la cola, pero protestan algunos de la maniobra y se levanta un clamor formidable.

- ¡A la cola, á la cola esa *marrandusca!* ¡Guardia, á esa, á esa! ¡A la cola, la pelona, á la colaaá!..

La intrusa, avergonzada, va á colocarse al sitio que le corresponde, y el municipal dirigiéndose á la multitud dice en tono solemne:

- A ver si *sus* calláis. *Paece* esto el *mesmísimo* ayuntamiento en día de sesión. Pero *cuidao*, que tengo malas pulgas y llevo media docena á la prevención.

El tumulto vuelve á reproducirse, dirigido esta vez contra el guardia, que al ver el efecto causado por sus palabras saca tranquilamente la petaca y se pone á liar un cigarrillo.

- ¡*Estu non* se ve en ninguna parte del mundo!, dice el gallego á la portera. ¡*Malditu Luzoya!* Antes *cuandu non* había tal *riu* en Madrid *todu* andaba mejor. Mi padre era aguador en la plaza de *Puntejus*, tenía dos ayudantes y ganábase sus cuarenta ó cincuenta *durus* mensuales *todus lus* meses. *Peru* ahora con las malditas fuentes en las casas se ha *perdidu* el *uficiu*.

- Bien que me acuerdo, replica la portera, que una cuba diaria costaba diez *riales* al mes.

- ¡Oh, *aquellus tiempos* eran *buenus, peru* con la ilustración nos han *perdidu* á los aguadores.

- Pero oiga usted, señor guardia, grita Feliciano, que no puede estar callada mucho tiempo. ¿Qué ley es esta? Ahí hay un *agüelo* que está llenando el botijo y ha venido después que yo.

El municipal oye á la chica como quien oye llover.

- Pero guardia, el *agüelo* ese...

- Mujer, calla, observa la portera, que no *ties* ni pizca de razón.

- ¿Cómo que no? Me parece...

- Bien se ve que no eres de Madrid.

- No, señora, que soy de Valladolid.

- Pues hija, aquí el que presta el botijo *pa* que beban los *transuantes* que no traen cacharro, *pue* llenar al cabo de un rato; de preferencia, ¿entiendes?

- ¿Y quién dispone eso?

- Pues la ley, hija; la ley de las aguas públicas.

- ¡Chica!, ¡Feliciano!, vocea desde la otra rama de la cola una amiga de la criada. ¡Qué atrás estás! A mí no me faltan más que siete...

- ¿Y á qué hora has venido?

- A las once, que me mandó el ama que llevara agua para el almuerzo.

- ¡Anda, y son las tres!

- Pues lo que es tú no llenas hasta la noche.

- A mí *pim*. Entretanto la señora tiene que guisar y limpiar la casa, y eso va una ganando.

- Que se chinche, chica, y gracias si no te pasa como á mí en la otra turbia, que después de cuatro horas de hacer cola se me rompió el cántaro y volví á casa tan campante y con las manos en los bolsillos y la señora me quería pegar...

- ¡Jesús! Vaya una señora, exclama la portera. Yo también tengo una inquilina que se llama doña Petra, que á la chica le dió un *bocao* el otro día en la cara y por poco le come las narices. Pero no es extraño, porque dice el médico del principal que padece de un mal que llaman alfarería ó geometría, no me acuerdo á punto fijo.

Pero Feliciano no presta atención á los chismes de la vieja. Por la calle de enfrente ha visto venir un apuesto soldado, luciendo el uniforme elegante de húsares de Pavía y comienza á sisearle. El militar se detiene, reconoce á su paisana y acude presuroso, entablándose animado charloteo, interrumpido de vez en cuando por el vocerío de los que gritan hasta desgañitarse:

- ¡Eh, á la cola; esa á la cola, á la cola!..

A. DANVILA JALDERO

EL FRACASO

Al Sr. D. José de Cuéllar.

No conozco á Cuéllar, pero conozco mucho de lo que ha escrito; y si es cierto, como dijo quien debía saberlo, que el estilo es el hombre, puedo afirmar que sin haberlo visto en mi vida, sin haber cruzado con él un saludo, conozco al Sr. D. José Cuéllar y aun á título de amigo puedo dedicarle un trabajo mío.

Porque eso es otra cosa, lo que he leído de Cuéllar me hace presumir que el escritor es casi joven, muy entusiasta, algo inclinado á la melancolía y muy

sincero, condiciones todas que le hacen para mí muy simpático. Si me equivoco, si D. José Cuéllar no tiene como hombre las condiciones que como escritor revela, culpable será de mi error el sabio naturalista que afirmó eso del estilo y del hombre dogmáticamente.

Parto del supuesto de que he juzgado bien al señor Cuéllar y persisto en dedicarle mi articulejo, no solamente por las razones ya citadas, sino también por la más poderosa de que en un trabajo suyo está inspirado el mío, cuyo título he copiado también del artículo del Sr. Cuéllar.

¿Por qué?

¡Ah! Porque el título y el artículo significan un argumento en favor mío y en contra de la tan manoseada verdad escénica, verdad de la cual ha dicho muy cuerdamente alguien: -

«porque es esa una verdad que casi siempre es mentira.»

En el artículo *El Fracaso* pinta el articulista, y á fe que lo hace con primor exquisito, la situación de una pobre actriz, acobardada ante las manifestaciones de hostilidad hechas por el público. La actriz ha de simular, por exigirlo así el desarrollo de la obra que está representando, un ataque de nervios. En el momento en que ha de fingir su desmayo..., pero aquí dejo la palabra al autor del artículo, el cual dice de su heroína:

«Anublósele la vista, crispáronsele las manos, y riendo con risa desgarradora, de esa que llega al alma, de esa que impresiona y hiere en lo más hondo del espíritu, cayó al suelo y se revolcó en él con las convulsiones terribles de los epilépticos.

»Y al público, las posturas naturales del que no finge, parecieronle amaneradas; y la crispación de los brazos y la rigidez del cuerpo, rebuscadas é imposibles; y las contorsiones de dolor, muecas ridículas..., y ahogó las carcajadas histéricas de la cómica con el ruido atronante de sus protestas menos cultas, de sus burlas más sangrientas.»

¡Qué bien pintada está la situación! ¡Qué bien sentido el caso! ¡Y cuánta verdad y cuánta exactitud hay en esto!

Mal año para los que pretenden, pretensión absurda, que la verdad artística se confunde con la verdad real, si no comprenden que lo sucedido á la actriz presentada por Cuéllar es la demostración palpable de lo erróneo de esas ideas.

Porque si el verdadero ataque de nervios pareció al público remedo grotesco, amanerada imitación, no fué porque en su ignorancia no supiese distinguir la verdad de la ficción; fué porque en el teatro se busca la ficción y no la verdad. Si en el momento crítico tan brillantemente presentado por el Sr. Cuéllar, hubiese podido algún amigo de la actriz adelantarse al público y decirle:

«¿De qué te ríes, mentecato? ¿Por qué te burlas necio? ¿Juzgas, tal vez, que esta desdichada artista á quien haces víctima de tus burlas, no ha fingido bien el ataque de nervios?, ¿crees que no hay verdad en sus contorsiones?, ¿piensas que son inverosímiles la crispación del brazo y la rigidez del cuerpo?.. Pues mira cuán equivocado estás: esa pobre mujer se ha desmayado de veras; esos movimientos y esas risas que has considerado inverosímiles, no podían ser más verdad, como que eran la verdad misma.»

Si alguno, repito, saliendo á la defensa de la actriz hubiera dicho esas palabras al público, otro alguien que hubiese hablado en nombre de los espectadores habría podido contestarle:

«Pues por eso mismo no me gusta; porque son la verdad misma, y yo no he venido aquí á ver la verdad real, sino la verdad artística. Cuando un personaje muere en escena, yo sé que no muere; cuando dos caballeros se baten, estoy seguro de que no se baten; cuando una señora se desmaya, tengo la certeza de que no se ha desmayado. Si cuando creo presenciar una muerte *de teatro*, me sorprendieran con la noticia de que había visto una verdadera muerte, la impresión que recibiría mi espíritu sería muy desagradable. Si esa señora, á quien de todas veras compadezco, se ha desmayado, prodíguensele inmediatamente los auxilios que la medicina aconseja para estos casos, y si en algo puedo servir á ustedes en favor de la enferma, aquí me tienen como prójimo á su disposición. Pero conste que ese ataque de nervios, por lo mismo que ha sido real y verdadero, no es artístico y no ha producido ni producirá nunca el efecto que la concurrencia busca en el teatro.»

Eso porque en el teatro, como dice el empresario de *El dúo de la Africana, tutto e convenzionale*; lo cual está dicho naturalmente en son de broma y como un chiste, ingenioso sin duda, de la popular zarzuelita, pero es una verdad lo mismo que un templo.

Sí, sí, mil veces sí; en el teatro es todo *convencionalismo*, desde el suelo de madera hasta el cielo de lienzo, desde los telares más altos hasta el foso más hondo, y el que lograse suprimir en el teatro lo *convencional, lo falso, lo fingido*, ese habría acabado con el teatro.

No lo conseguirá nadie... ni (dicho sea en confianza) lo intentará ninguno de los que se jactan de quererlo. No hay escuela literaria que al aparecer no haya enarbolado la bandera de respeto á la verdad y de guerra sin cuartel á los pobres convencionalismos. En nombre de la verdad mantuvieron los clásicos (y aún defienden algunos) las tres famosas unidades aristotélicas..., mandadas ya recoger por inútiles, y aun perjudiciales hace mucho tiempo.

So capa de respetar la verosimilitud se conservó mucho después, y se conserva todavía - como residuo tradicional de aquellas unidades célebres, - la *unidad de acción*, recomendada aún hoy por críticos y preceptistas.

Y defendiendo la verdad, contra las mentiras desahoradas de los clásicos, se presenta á nuestros abuelos el romanticismo, tan seductor entonces, tan simpático hoy, porque significaba en el arte la libertad y el desinterés... Y el realismo luego, y el naturalismo en seguida, y las escuelas que en pos nazcan y luchen hablaron y seguirán hablando en nombre de la verdad artística, de la cual se cree cada escuela única poseedora, casi con privilegio exclusivo (s. g. d. g.)

Y nada, ni clásicos, ni románticos, ni realistas, ni naturalistas han podido prescindir de los convencionalismos; ni lo han pretendido siquiera... Comprendían perfectamente que el intento era baldío.

Y los clásicos lo mismo que los románticos, y los realistas lo mismo que los naturalistas, aceptaron - ¿pues no habían de aceptarlos? - ficciones y convencionalismo; transigieron con las falsedades que ese género literario lleva inevitablemente consigo, por ser lo que es y como es, y falsearon desde el lenguaje hasta las actitudes de las figuras de sus cuadros... Las cuales figuras ni hablan nunca según hablarían si fuesen en realidad lo que representan, ni obran como obrarían si fuesen personas de *carne y hueso* en vez de ser creaciones fantásticas que nacieron y se desarrollaron en la imaginación del autor y no han salido de allí sino para tomar vida ficticia en el escenario.

Y como es evidente, según observa el insigne autor del *Quijote*, que cada cosa engendra su semejante, cuando el autor es grande, grandes son las figuras de sus cuadros; cuando el autor es chico, las figuras por él concebidas y creadas resultan chicas; pero son tan falsas éstas como aquéllas. Las grandes nos admiran por su grandeza, suspenden nuestro ánimo por su hermosura, no por su verdad; que esa, cuando miramos bien, no la hallamos en ninguna parte.

Por eso aparecen grandes, inmensos, de tamaño colosal los personajes del teatro de Shakespeare; por eso parece pequeña, pobre, desmedrada y algo rancia la figura del teatro de nuestro Moratín...; por eso, porque Shakespeare era genio; porque Moratín, hombre de entendimiento muy claro y de vasta instrucción, era un espíritu poco elevado. Y como ni Shakespeare, ni Moratín, ni ningún dramaturgo tienen otra cantera en que buscar los primeros materiales para labrar las personas de sus cuadros, que sus propias y respectivas almas; ni cuando se trató de verdadera experimentación pudieron hallar modelos más dóciles que ellos mismos, pues allí están en todos los cuadros de esos autores reproducidos Shakespeare y Moratín, en diferentes actitudes y con trajes distintos. Pero nadie desconoce, como lo mire con atención, que los viejos y los niños y los criados de *Inarco Celenio* tienen todos cierto airecillo de familia, y que los enamorados, los celosos, los bufones, los monarcas del autor de *Hamlet* tienen asimismo su correspondiente marca de fábrica.

Y lo malo no es que, al fin y á la postre, convenzamos todos en que hemos de transigir - si queremos que haya teatro - con los *convencionalismos* que la especial índole de este género literario impone (no hablo ahora de los *convencionalismos* de otros géneros, que los tienen también, vaya si los tienen); lo malo es que para justificar algunas escuelas su aparición al toque de zafarrancho, pretendan suprimir unos *convencionalismos* y dejar otros, con lo cual logran confeccionar una mixtura inaguantable, de verdad y de mentira, de realidad y de ficción, que es lo menos artístico y lo más odioso que ha podido inventar la farmacopea literaria.

En campo de batalla, por ejemplo, cuyo piso son *tablas*, presentan caballos de carne y hueso y con herraduras auténticas, las cuales producen sobre el tablado un ruido que parte los corazones y destroza los oídos y da al traste con toda la ilusión del más embobado de los espectadores.

En un tabique, ó pared medianera, que no es tabique ni pared de veras, sino un pedazo de lienzo, colocan un espejo, pero de verdad, — por aquello de que hay que copiar la realidad, — y como el tabique (lienzo nada más) se mueve y oscila á cada momento, con él oscila y se mueve el espejo, presentando á la vista del espectador el reflejo exacto de la sala, entre cuyos concurrentes acaso llega á verse él mismo, con lo cual no necesito decir adónde va la emoción artística.

Los banquetes en que para presentar la verdad en escena se sirven manjares suculentos; las batallas en que los tiros son disparados con fusil verdadero y los cañones con golpes de bombo; las escenas en que, siempre en obsequio de la verdad, para imitar la lluvia se hace que desde el telar caiga agua de veras á una artesa preparada al efecto, agua que, como es natural, produce un ruido muy diferente del que produce en la calle la verdadera lluvia..., no acabaría nunca si me obstinara en enumerar las combinaciones absurdas de lo real y de lo falso que han inventado los que se llaman partidarios de la verdad en escena.

Partidarios de la verdad á quienes recomiendo encarecidamente la lectura detenida del artículo *El Fracaso*, publicado no ha mucho en *La Correspondencia militar* por D. José Cuéllar.

Artículo que me ha dado ocasión y motivo para estas reflexiones, dedicadas, como era de justicia, al autor de *El Fracaso*.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

NUESTROS GRABADOS

Días felices, cuadro de Francisco Masriera. — Ocasiones tan repetidas se nos han ofrecido de ensalzar las obras del distinguido pintor D. Francisco Masriera, que casi juzgamos inútil encarecer las bellezas de la producción de que hoy damos copia.



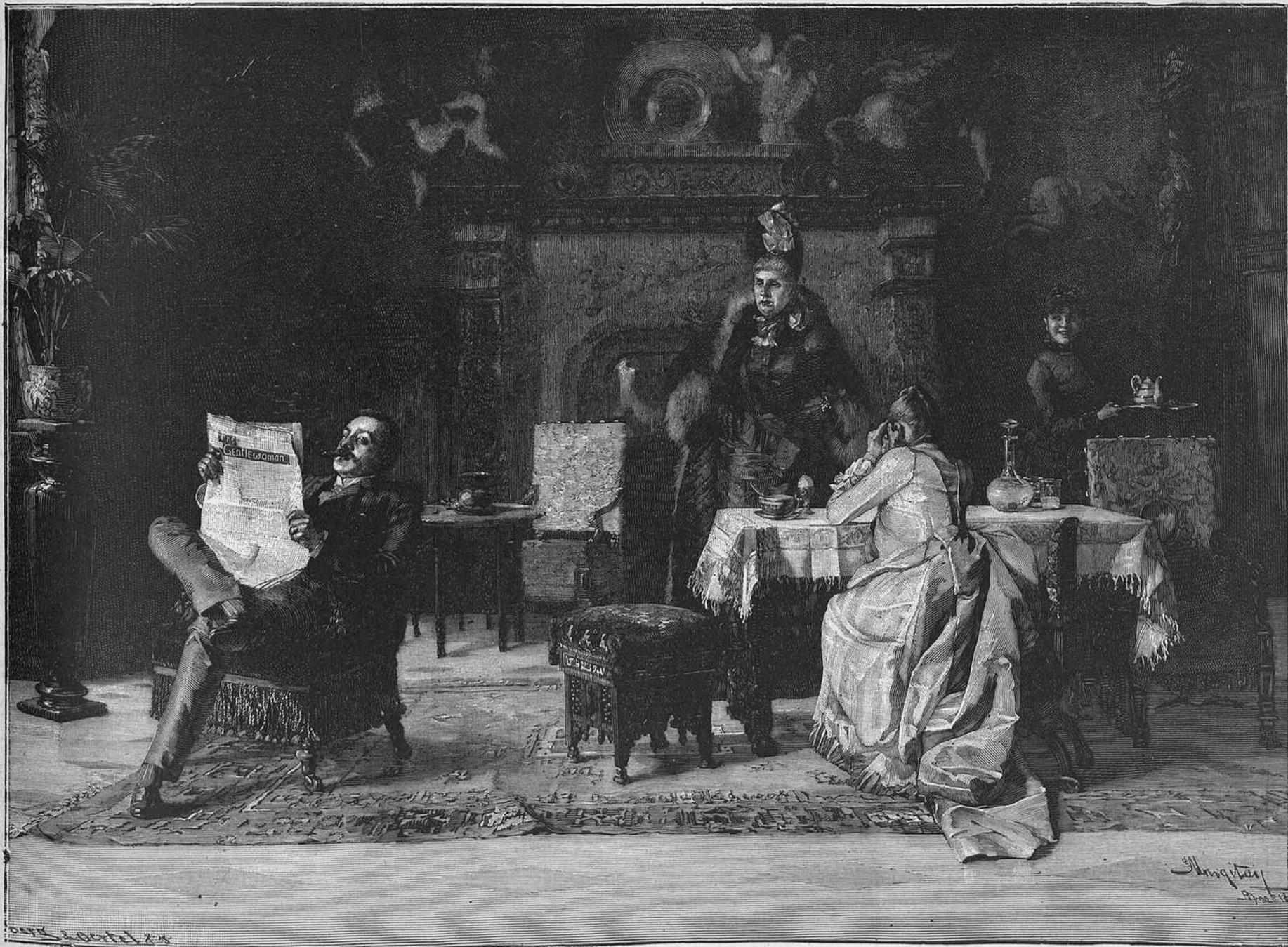
CAMPESINO DE ASTURIAS, cuadro de F. García Sampedro

D. Francisco Masriera ha alcanzado la categoría de maestro en el género que cultiva: sus lienzos llevan el sello especial, elegantísimo y delicado, que son cualidades distintivas de todas sus obras.

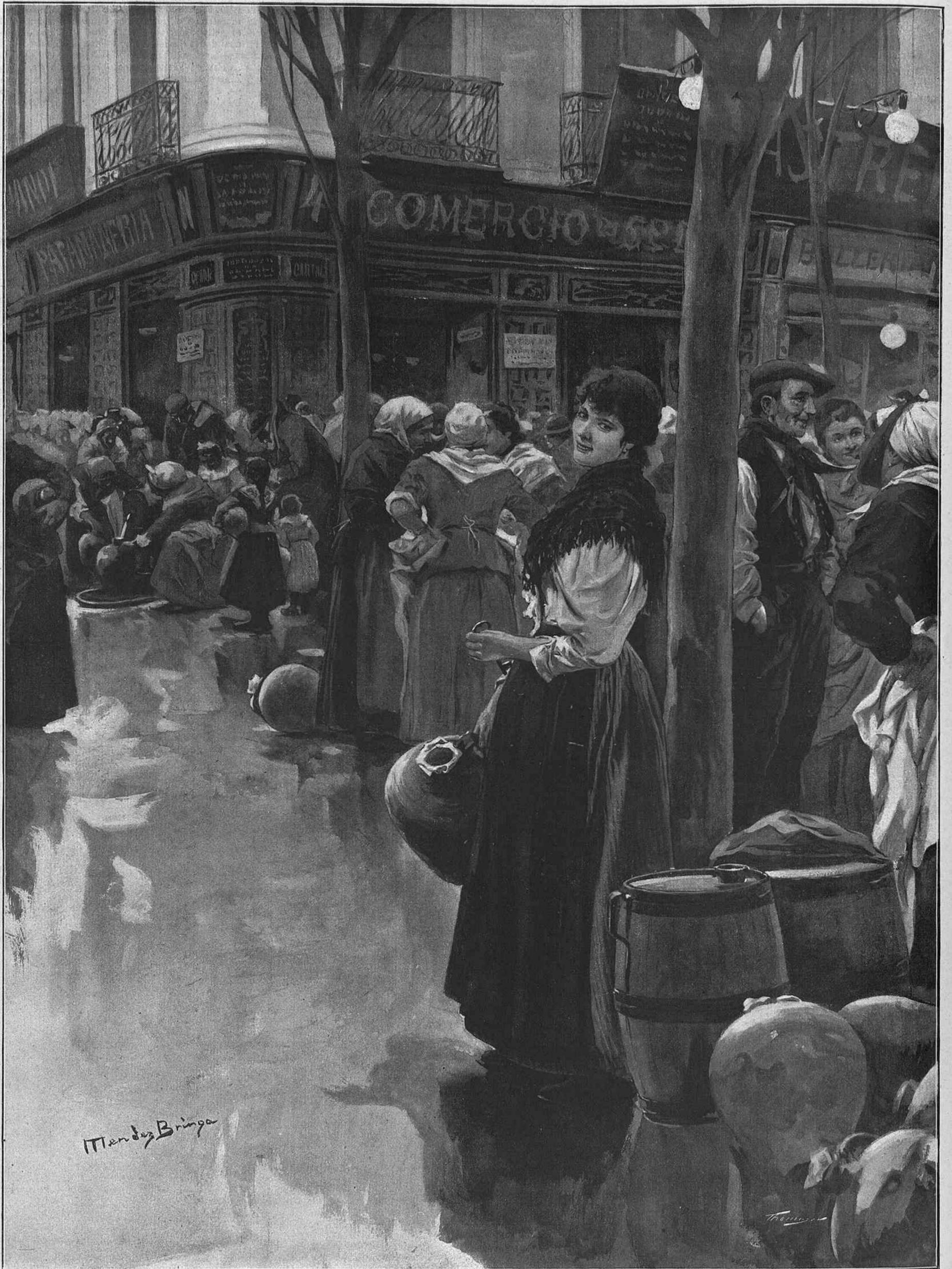
En el campo, cuadro de José María Marqués. — En el campo es donde el alma se eleva. Allí, ante las magnificencias de la naturaleza, el hombre siente y cree. De ahí que el artista y el poeta hallen en las continuas bellezas que la naturaleza ofrece vasto campo de inspiración.

El paisaje que reproducimos retrata el carácter y las condiciones de Marqués, mezcla de artista y poeta, amante de la belleza y ferviente admirador de todas sus manifestaciones. Por eso sus paisajes estimanse como sentidas notas, y en el conjunto, en los accidentes que ofrecen, en los contrastes que presentan, en la jugosa frondosidad, en las arboledas ó en las tranquilas aguas de las lagunas, existe un algo que revela sentimiento y delicadeza de espíritu, sin que por ello desaparezca el pintor, tratando de armonizar la verdad con el idealismo, la naturaleza con el espíritu, el color con la poesía.

Familia de saltimbanquis en marcha. — Familia de saltimbanquis descansando, cuadros de J. Araujo. — En el número 627 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA consignamos algunos datos biográficos acerca del autor de estos cuadros, que son una nueva prueba de la valía del distinguido pintor español tan conocido y celebrado en el extranjero como en su patria. Araujo, con la maestría que le caracteriza, nos presenta en estos lienzos una de estas familias miserables que á pie recorren el mundo sin más ajuar que unos andrajos y cuatro trastos apenas servibles, y sin otro caudal que una misera caballería, y un par de animales amaestrados, cuyas habilidades constituyen la única industria que aquellos infelices explotan y el único recurso para atender á su subsistencia. Las dos composiciones son á cual más interesante: en una y otra los tipos de aquellos desdichados vagabundos están perfectamente estudiados, así en sus rasgos físicos como en la indolencia propia de su raza, y tanto en la disposición de las figuras, cuanto en el dibujo de las mismas y en los detalles de los áridos paisajes, ambas pinturas revelan la mano experta del artista que, no dejándose llevar por ciertas exageraciones, hoy por desgracia tan en boga entre algunos de sus compañeros, practica el arte serio, el arte verdad, que no ha de disimular con falsos efectos deficiencias imperdonables en quienes tienen obligación de conocer el valor del dibujo y del colorido.

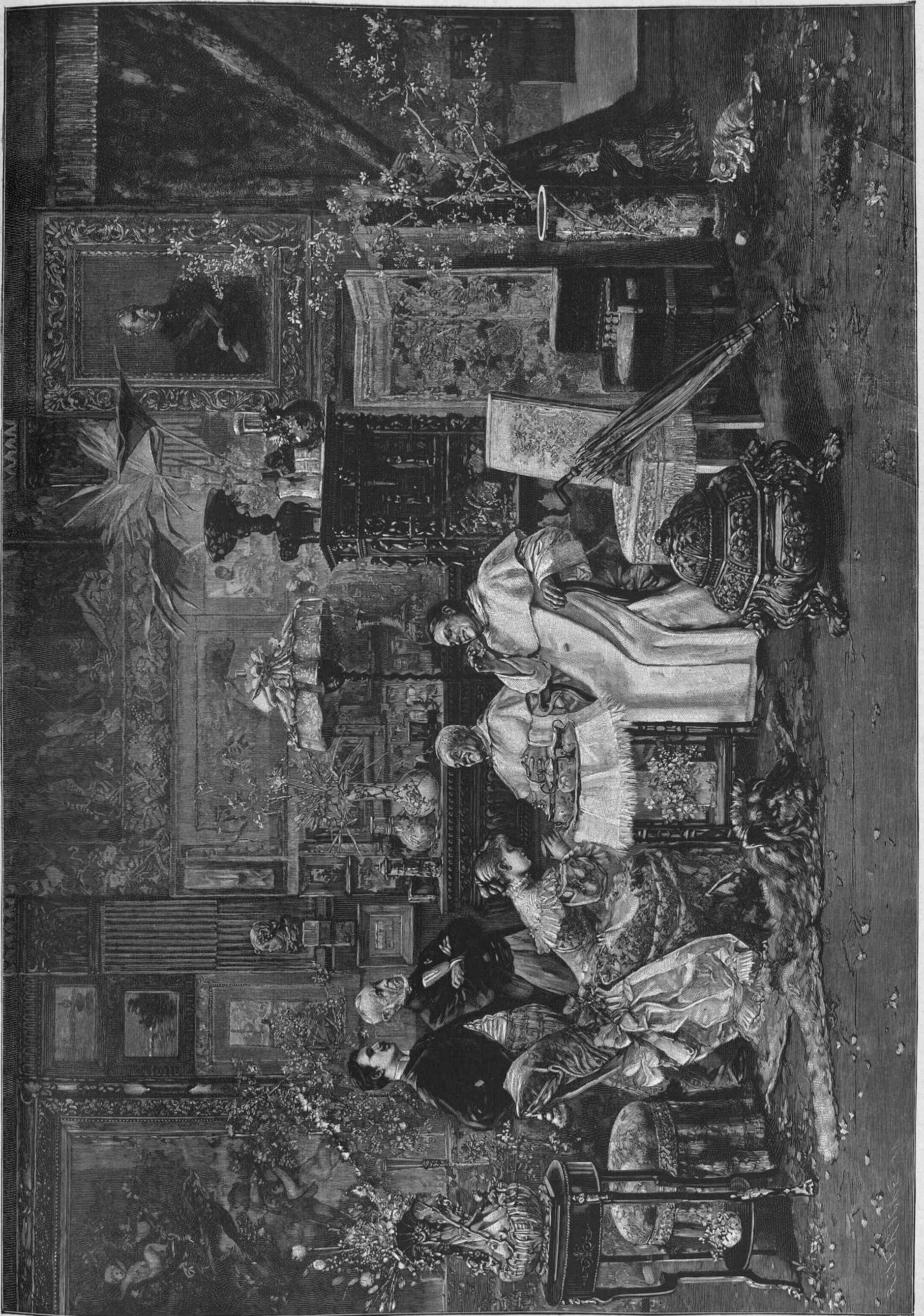


Luna de miel, cuadro de Tihamer Margitay



LA TURBIA. - Costumbres de Madrid, dibujo de N. Méndez Bringa

(Véase el artículo del Sr. Danvila Jalderó)



VISITA INTEMPESTIVA, cuadro de J. Barbudo

Boda Regia. - El día 22 de julio último se ha efectuado en la capilla particular del palacio de Buckingham el anunciado enlace de la princesa Maud, hija de los príncipes de Gales, con el príncipe Carlos de Dinamarca, hijo del príncipe heredero de este reino. El recién casado, que cuenta veinticuatro años de edad, es teniente de la armada danesa, pero no

blico, y sin embargo sus trabajos son en muchos casos la base de los éxitos obtenidos por nuestras valientes y sufridas tropas, y para ejecutarlos arrostran peligros y padecen privaciones iguales, si no mayores, á los que padecen y arrostran los militares de las otras armas. Buena prueba de ello son las construcciones de fuertes y de torres heliográficas, y el servicio de estas últi-

claramente á comprender que sospechando de lo que se trata, no tardarán en hacer mutis por el foro, dejando que el negocio comenzado siga su curso, y aplazando para otro día el continuar su visita, que ya entonces podrá ser seguramente de plácemes y enhorabuenas.



El príncipe CARLOS DE DINAMARCA y su esposa la princesa MAUD, hija del príncipe de Gales

ejerce su cargo nominalmente, como otros tantos príncipes, sino que, verdadero marino y perfecto conocedor de la teoría y la práctica del arte naval, presta activo servicio en la escuadra de su país, ha mandado varios buques y en la actualidad está agregado á la oficialidad del crucero *Jen*. Es un joven altamente simpático, de carácter generoso, pero de notable firmeza. La princesa Maud, nacida en noviembre de 1869, se ha dado poco á conocer, dada su elevada posición, pues siempre ha preferido la tranquilidad y el retiro de su hogar doméstico. Cuidadosamente educada por su madre la princesa de Gales, su talento especial y sus aptitudes la han facilitado la enseñanza de muchas cosas que para otras princesas serían superfluas cuando no vulgares. Posee perfectamente varios idiomas, entre ellos el francés, el alemán y el dinamarqués; es música notable y aficionada al arte en todas sus manifestaciones. No desdén los más minuciosos cuidados domésticos, ni tampoco le es extraño el arte culinario: cose, borda; en una palabra, es lo que se llama una «mujer de su casa.» Sumamente caritativa, le complace más recorrer el campo en compañía de su criada, socorriendo á los infelices aldeanos, que brillar en suntuosos salones. Su sencillez y su belleza la han hecho muy popular en Inglaterra.

La ceremonia del casamiento se ha verificado con toda pompa, habiendo asistido á ella varios príncipes de las casas reales de la Gran Bretaña y Dinamarca, representantes de algunas naciones extranjeras, así como de las principales corporaciones inglesas.

La boda del príncipe Carlos con la princesa Maud ha sido eminentemente popular en sus respectivos países.

mas, que es sin duda alguna de los más importantes y de los más arriesgados que en una campaña como la actual de Cuba pueden llevarse á cabo. A ellos está encomendada, entre otras cosas, la telegrafía óptica; ellos elevan esas torres, como la que reproduce nuestro grabado, que se alzan en puntos en su mayoría aislados y expuestos á los ataques de los insurrectos, ellos, sin poder dar apenas descanso al cuerpo, han de estar en continua vigilancia para transmitirse de unos á otros puestos las noticias que han de servir para preparar combates gloriosos ó para evitar tremendos fracasos; de su exquisito cuidado, de su diligencia depende en gran parte el éxito de las operaciones; el menor descuido, el más pequeño desfallecimiento en la defensa en caso de ataque del enemigo, pueden ser causa de grandes catástrofes. Nuestros ingenieros militares han acreditado en esta guerra una vez más su pericia y su valor y LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que tantas veces ha honrado sus columnas con los nombres de los que en la campaña de Cuba se distinguen, se complace hoy en rendir un tributo de sincera admiración á los que en aquella isla añaden nuevas páginas de gloria á los anales del distinguido cuerpo á que pertenecen.

Campeño de Asturias, cuadro de Tomás García Sampedro. - Nuestros lectores han podido apreciar las cualidades del Sr. García Sampedro, de quien publicamos en el número 565 un cuadro admirablemente sentido, *La cuna vacía*: el *Campeño de Asturias* pertenece á un género completamente distinto, es una nota de observación sobriamente ejecutada, que no despierta como aquél la emoción dramática; pero no por esto merece menos elogios, ya que en bellas artes los más opuestos caminos pueden conducir á un mismo resultado. Contemplando al anciano que tan bien ha sabido trazar el pintor, no puede menos de admirarse la verdad y la naturalidad con que está reproducida aquella simpática figura en cuya ejecución se descubre una mano experta guiada por una sólida educación artística.

Luna de miel, cuadro de Tihamer Margitay. - Muchas son las obras que de este famoso artista húngaro hemos publicado, y en todas ellas han podido apreciar nuestros lectores cuál es el género que con preferencia cultiva y en el cual ningún pintor moderno ha logrado aventajarle: la vida moderna de la clase media acomodada le ha dado asuntos en abundancia para sus composiciones, en las cuales casi siempre predomina la nota humorística del mejor gusto. *Luna de miel* es un cuadro lleno de vida, esencialmente cómico en el fondo, pues aunque de pronto no lo parezca, bastará mirar la figura del marido, fingiendo un enfado que no siente, y la de la graciosa doméstica que se sonríe como dando á entender que haría saber, por la experiencia de otras escenas análogas, cómo ha de acabar aquella, para comprender la intención del autor al presentarnos una luna de miel apenas velada por una ligera nube de verano. La misma actitud de la suegra ó mamá política, que parece querer anonadar con su terrible mirada al *hombre inicu* que hace llorar á su *niña*, contribuye al efecto cómico de este lienzo. *Luna de miel* fué muy celebrado en la Exposición Universal de París de 1889, en donde obtuvo un premio, y poco después merecía una nueva recompensa en la de Budapest, siendo entonces adquirido por el emperador de Austria para su galería particular.

Visita intempestiva, cuadro de J. Barbudo. - Los que hayan leído las preciosas obras en que Mesonero Romanos y García Flores han descrito de un modo tan admirable las costumbres y los tipos españoles de la primera mitad de este siglo, recordarán el alto aprecio en que nuestros abuelos tenían á los frailes, á quienes obsequiaban en sus periódicas, generalmente diarias, visitas con lo mejorcito que guardaban en sus alacenas. Hoy la costumbre ha desaparecido, pero no faltan casas adonde de cuando en cuando acude alguno de esos religiosos, á quien los dueños de aquellas agasajan como en los pasados tiempos. El cuadro que publicamos reproduce una de estas visitas, y por cierto que la presencia de los benditos frailes no debe ser del todo agradable á los demás personajes de la composición: aunque el título no lo dijera, se adivinaría que es aquella una visita intempestiva que ha venido á interrumpir una conversación del mayor interés para los dos jóvenes; también se adivina sin gran esfuerzo que los visitantes se han hecho perfectamente cargo de la situación, y sus maliciosas sonrisas dan

La Aurora, pintura decorativa de Manuel Domínguez. - Con ser tantos y tan admirables los cuadros de Domínguez y tan relevantes las muestras de su ingenio artístico, ha cultivado otro género de pintura, cual es la mural y decorativa, en el que se ha distinguido de tal manera, que á él debe en gran parte el elevado concepto que merece en el mundo del arte. En este género difícil ha manifestado su talento y excepcionales aptitudes, singularmente en las obras ejecutadas en el palacio del marqués de Linares y en el que en Asturias poseen los Sres. de Selgas, producciones magistrales, honra del arte patrio.

La alegórica representación de *La Aurora* embellece el techo de uno de los salones de la suntuosa morada de los señores de Selgas, al igual de otras producciones del mismo género, que hemos podido dar á conocer á nuestros lectores en anteriores números.

La delicadeza de la composición, la belleza de las líneas y la valentía de los escorzos pregonan la reconocida maestría de Domínguez, á quien no titubeamos, por estimarlo justo, en tributarle el testimonio de la consideración que nos merece.

Jorge Berowitch bajá. - Los sucesos que se desarrollan en Creta y cuya gravedad aumenta de día en día, dan interés al retrato del nuevo gobernador enviado á aquella isla hoy en plena insurrección. Impotente su antecesor Abdullah para restablecer allí el orden, merced á la acción de las potencias europeas, ha sido recientemente nombrado para aquel difícil puesto Jorge Berowitch, príncipe de Samos, que profesa la religión cristiana. Su llegada á Creta produjo algunos días de calma,



JORGE BEROWITCH BAJÁ, nuevo gobernador cristiano de Creta

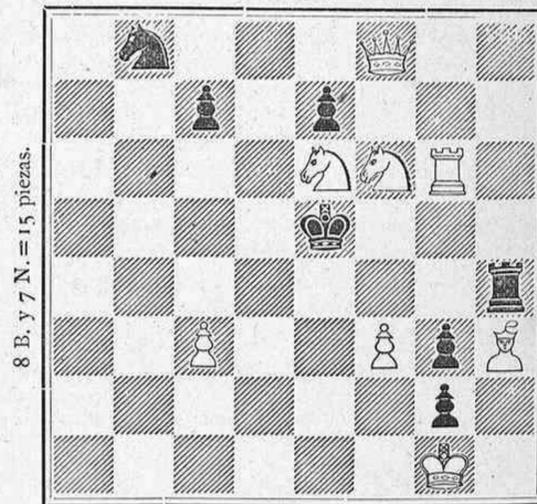
pero sus buenas intenciones han sido estériles á consecuencia de la indisciplina del ejército y de la falta de energía ó sobra de mala voluntad del gobierno de Constantinopla.

Teatros. - *Barcelona.* - En el teatro de Novedades ha terminado sus representaciones la compañía de la Sra. Guerrero: el beneficio de esta actriz, tan querida de nuestro público, fué una prueba más del afecto y de la admiración que en Barcelona se le profesa. También ha terminado sus tareas en el Tivoli la compañía que dirigen los Sres. Rosell y Romea: el primero fué muy aplaudido y obsequiado en la noche de su beneficio.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 30, POR VALENTÍN MARÍN (Segundo premio de Brighton Society)

NEGRAS



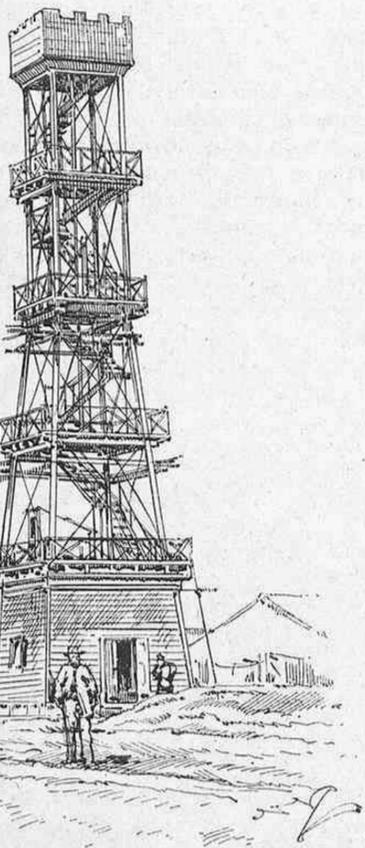
BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 29, POR V. MARÍN

- | | |
|------------------|------------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. D8CR | 1. C5AD (*) |
| 2. D3CR | 2. R toma T ó C juega. |
| 3. C3D ó D mate. | |

(*) Si 1. R toma T; 2. C4R jaque, y 3. A5AD mate; - 1. R6R; 2. D5CR jaque, y 3. T6D mate; - 1. C2CD ó 6CD; 2. D6R, y 3. C3D ó C2R mate.



GUERRA DE CUBA. - Torre heliográfica

Guerra de Cuba. - Torre heliográfica. - No por ser de los que menos brillan en las acciones de que nos dan cuenta los partes oficiales diarios, prestan los ingenieros militares menos importantes servicios que sus demás compañeros en el ejército: su labor es menos aparatosa, los resultados de su pericia y de su actividad menos ostensibles para la masa del pú-



Madre é hija se abrazaron

DOS ANONIMOS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

— Por eso hemos pensao que coma usted en Córdoba: allí pasa distraído la noche, y nadie se entera, mientras que si saliese usted de casa..., ¡son tan fisgones los vecinos!..

— Ya comprendo.

— Ahora..., perdone usted que le haga una pregunta... Es encargo de la señorita... ¿Tiene usted dinero?

— De sobra.

— Pues entonces na más... ¡Ah!, sí, se me olvidaba. Cuando venga usted de Córdoba no tiene necesidad de subir hasta aquí. Junto á un grupo de árboles que no hay otro en el camino, encontrará á la izquierda una senda que va derecha al cortijo y acaba cerca de la puerta del jardín.

— Bueno, no se me olvidará.

— Otra cosa. Yo estaré con cuidado en casa para cuando usted vuelva, sea la hora que sea; pero procure que sea bastante antes de amanecer pa que no se enteren. Da usted dos golpecitos suaves. Mañana tendrá una llave pa que abra usted sin ruido.

— Estoy enterado y gracias por tantas molestias.

— ¡Bah!, por la señorita me tiraría yo á un pozo. Ahora nos separamos aquí. Usted por la izquierda, yo por la derecha. Voy á avisar á la señorita que ha llegado usted.

— Dígame usted .. No, nada ..

Sebastiana hizo una mueca que quería expresar:

— ¡Estos enamorados!..

Luego añadió:

— También tengo yo que ir, si puedo, á Córdoba á comprar una faja para mi marido. Puede que nos veamos por allá.

VIII

Desde este punto parece como que la fatalidad, cruel, inflexible, ingeniosa, enredó trágicamente los hilos de esta historia.

La guardesa llegó al cortijo de San Rafael, entró por la puerta pequeña del jardín, que estaba entornada, y se encontró con Soledad, que paseaba leyendo en la plazuela próxima á la quinta. Aproximóse á aquélla, y después de cerciorarse de que estaban solas, le dijo de buenas á primeras:

— Ya está ahí.

Soledad se puso muy pálida y se apoyó en el pedestal de una estatua que representaba á Leda y su cisne.

En los primeros momentos no pudo articular palabra. Luego, algo repuesta de su emoción, preguntó balbuceando:

— ¿Cuándo ha llegado?

— Hará unas tres horas.

— ¿Le has enterado?

— Sí, señora.

— ¿Qué te ha dicho?

— Poca cosa, es muy reservado, apenas se atrevía á preguntar por usted; ¡pero á mí con esas! Bien veía yo que se ponía blanco como la pared cuando le nombraba á usted.

Soledad bajó la cabeza, y después dijo con voz cada vez más trémula:

— ¿Cuándo va á venir?

— Esta noche.

— ¿No está cansado?

— Dice que no, yo creo que sí; pero me parece que rabia por ver á usted.

— ¿A las once?

— A las once. Le he enterado de todo. Se ha ido á Córdoba á hacer tiempo.

Soledad se sentó en un banco junto á la estatua. La guardesa fué á ver á su hermana, que como ya sabemos, estaba en cama. Empezaba para aquélla la crisis cruel y atractiva á la par de la mujer honrada que está á punto de caer. Porque Soledad sondaba su corazón y no se hacía ilusiones. ¿Cómo resistir á aquella pasión tanto tiempo reprimida? Además, sentía que le faltaba algo en que antes se apoyaba: el veneno de Dorila le devoraba la conciencia.

Volvió Sebastiana, hablaron detenidamente de la llegada de Felicio, y aquélla se despidió.

— ¿Vuelves á tu casa?, le preguntó Soledad.

— Me parece que voy á alargarme á Córdoba á hacer unas compras. Como el señorito no ha de volver hasta tarde...

Estas palabras que aludían indirectamente á la falta que estaba próxima á cometer, hicieron bajar los ojos á Soledad. ¡A qué extremo había llegado!

Desde aquel momento fué presa de violenta agitación; en vano pretendía sosegar sus nervios. Había en la quinta un oratorio con un altar de la Virgen de la Concepción, que estaba de frente á la entrada, y Soledad, que paseaba febrilmente por todas las piezas de la casa, cerró la puerta: no quería ver á la Virgen ni que la Virgen la viese. Por lo regular, á aquellas horas pasaba una ó dos al lado de su madre; pero aquella tarde sólo estuvo al lado de ésta algunos minutos: parecía que los ojos de la parálitica la miraban como escudriñando su conciencia. Para darse valor trataba de recordar los axiomas de Dorila, y en una transición brusca sentía reacciones de sentido moral, y pensaba: «Aún es tiempo, haré saber á Felicio que no puedo verle, apelaré á su generosidad...» Pero no, no era ya tiempo. ¿Dónde encontrarle puesto que había ido á Córdoba y no debía volver hasta el momento de la cita? ¿De quién valerse para intentar, estando Rosa enferma?

La suerte estaba echada.

Tenía, pues, que verle... Le vería, y si encontraba valor para ello, le suplicaría que la dejase ser honrada.

Eran las cinco de la tarde, faltaban seis horas para la cita. ¡Qué horas iban á ser aquellas!

El cielo seguía nublado y el tiempo fresco: Soledad, que paseaba agitada por su cuarto, asomóse á una ventana buscando aire para su abrasada frente.

Súbito oyó ruido hacia la senda que conducía á la quinta, y vió aproximarse dos carruajes. En un principio supuso que podía ser Dorila, pero pronto se convenció de que no era ella. Llegaron aquéllos al fin de la senda, y describieron un semicírculo como para dar vuelta á la quinta y entrar por la puerta grande, que estaba al otro lado. Eran una carretela cerrada, tirada por cuatro mulas, y un ómnibus cuya baca iba cargada de equipajes. Soledad, atónita, veía los acercarse: cuando pasaron por frente á la ventana, asomóse una cabeza á la portezuela del carruaje que venía delante y una voz juvenil gritó:

— ¡Mamá!

Soledad cayó desplomada al suelo. Momentos después el marqués de Criptana y su hija estaban á su lado.

— ¿Ves?, lo que yo me temía, dijo éste á Joaquina. Las sorpresas son de mal gusto y peligrosas.

A fuerza de cuidados hicieron volver en sí á Soledad, que estaba privada de sentido. Cuando recobró el conocimiento, miró con ojos extraviados hacia todas partes: vió á su hija que la besaba, púsose en pie rápidamente y la estrechó con frenesí en sus brazos. En aquel momento se olvidó de todo: hasta de Felicio. ¡Oh, el amor maternal siempre será el amor de los amores! Miró á su marido y no dijo nada, pero le estrechó la mano con efusión, volviendo á confundir sus lágrimas y sus besos con los de su hija. ¡Dichosa ella si aquella excitación deliciosa hubiera durado siempre! Pero tuvo que volver á la realidad. Mientras atendía á la instalación de su familia, pensaba con espanto en las nuevas complicaciones de su situación. ¿Qué era aquello, qué fatalidad la perseguía, en qué red veíase envuelta, qué iba á suceder?

Soledad, su madre, Rosa y otros dos criados habitaban el piso bajo de la quinta. El principal estaba enteramente desocupado. El cuarto en que había muerto la marquesa viuda de Criptana hallábase cerrado, pero aún quedaban otros tres á cual más espaciosos. El marqués, que conocía perfectamente la casa, como que se había criado en ella, eligió uno para sí y otro para su hija y una doncella inglesa que habían tomado en Sevilla. Ambas habitaciones estaban frente por frente y daban sus entradas al vasto recibimiento en que terminaba la escalera. Padre é hija, ayudados de la doncella y del indispensable Delfín, se ocuparon en instalar sus efectos en sus respectivos cuartos. Desde la quinta hasta la de labor todo era movimiento en la casa. El amo había llegado: era preciso improvisar más comida, traer de Córdoba lo que faltase, emplazar las caballerías en las cuadras y los carruajes en la cochera, porque el marqués no quería que los conductores se fuesen sin comer. Delfín y la doncella inglesa necesitaban agua caliente para cuando sus amos acabaran de colocar sus equipajes... El amo estaba acostumbrado á ser servido puntualmente...

Soledad veía á su hija, á su marido, á los criados que iban y venían, en una especie de sonambulismo; todo aquello parecía un sueño.

Vió abrirse la puerta grande del jardín y pararse un coche. ¿Quién sería, que nuevas sorpresas la aguardaban? Era la condesa de Lebrín: se había olvidado de ella.

Al verla bajar del carruaje, con su eterno velo echado, corrió á su encuentro; su pobre corazón necesitaba alguien con quien desahogarse: fué lo mismo que si un alma espantada del fulgor del fuego eterno corriera á refugiarse en el seno de Satanás. Dorila notó el aspecto atribulado de su amiga y el movimiento que había en la casa.

— ¿Qué es esto?, preguntó.

— Ven, dijo Soledad, cogiéndola de la mano y llevándola apresuradamente á su cuarto.

— ¿Qué tienes, por qué estás tan conmovida? ¿Sucede alguna desgracia?

— Mi marido y mi hija están aquí.

— ¿Tu marido?

— Sí, han llegado sin avisarme.

Dorila, que estaba en antecedentes, comprendió que no era éste el solo motivo de la agitación de Soledad.

— Y bien, dijo, supongo que eso no tendrá que ver con tu aspecto de difunta.

— Es que no sabes...

— ¿Qué?

— Que él también está aquí.

— ¿Quién, Felicio?

— Sí.

— ¿Dentro de la casa?

— ¡Ah, no! Ha llegado esta mañana.

Soledad contó á su pérdida amiga el arribo del joven y el plan que tenía respecto á él. Dorila escuchaba con profunda atención.

— ¿Y qué vas á hacer?, preguntó á aquélla cuando hubo terminado su relato.

— ¿Lo sé yo acaso?, contestó Soledad. Le he citado para las once de la noche, y no puedo avisarle, porque ha ido á Córdoba.

— ¿Dónde es la cita?

— Aquí. Tiene llave de la puerta chica.

— ¿Dónde está tu familia?

— Arriba, instalándose en sus habitaciones. Yo huyo de ellos: temo denunciar mi inquietud. ¿Qué me aconsejas?

— No sé. ¡Es una complicación tan rara!

— Pero dame una idea.

— ¿Y cuál?, dijo Dorila que había concebido una como suya. Yo que tú dejaría correr las cosas.

— ¿Qué dices?

— No hay más remedio.

— Pero...

— A esa hora lo probable es que tu marido y tu hija estén acostados, mucho más viniendo de viaje.

— ¿Y si no es así?

— ¿Qué quieres que te diga? También yo estoy violenta: no quiero que me vea tu familia.

— ¡Ah!, ¿por qué?

— Pero ¿no has acabado de persuadirte de que causo horror á todo el mundo, y más á mí misma? Me voy.

— ¡Dorila!..

— Sí, me voy. Pueden venir de un momento á otro. Te ruego encarecidamente que no hables de mí á tu marido. ¡Adiós! Avísame lo que ocurra. No volveré hasta que me avises.

Y la condesa de Lebrín, sin hacer caso de Soledad, subió á su coche, que la esperaba, diciendo al zagal que le conducía:

— A casa á escape, aunque revientes las mulas.

Siete minutos después el carruaje entraba en el portalón de la casa de la condesa. Bajó ésta y preguntó al portero que había abierto la portezuela:

— ¿Está Broohom en casa?

— No le he visto salir.

— Avisadle que suba inmediatamente á mi cuarto.

Broohom era un cochero inglés que hacía muchos años que estaba al servicio de la condesa y el único de sus criados á quien trataba con benevolencia. Ambos se entendían porque los dos eran malos. Ganaba aquél una buena soldada. Era además proveedor de su ama, que le encargaba de todas sus compras, y se dejaba robar por él; y seguramente hubiera tenido una pequeña fortuna á no haber sido tan aficionado á los vinos andaluces. En casa de la condesa abundaban; pero á Broohom, como perfecto borracho, sólo le gustaban en las tabernas y en los colmados; así era que siempre estaba escaso de dinero como todo el que tiene un vicio culminante.

Dorila subió á sus habitaciones, sentóse á una mesa y se puso á escribir. El lector habrá adivinado que escribía lo que todos los malvados y cobardes: lo que había escrito doña Aurora Porcel, la *Perdigona*; lo que, según un escritor francés, escribe de diez veces, siete, toda mujer celosa ó vengativa: un anónimo.

Estaba poniendo el sobre, cuando se presentó Broohom. La condesa le miró á ver si descubría en su cara granujosa y arrebatada de color, síntomas de embriaguez. Le halló sereno, y alargándole la carta le dijo:

— Va usted á llevar esta carta inmediatamente, pero inmediatamente, al cortijo de San Rafael. ¿Sabe usted?

— Sí, señora. He tenido el honor de conducir allí á la señora condesa algunas veces.

— Monte usted una mula ó un caballo en pelo, no se entretenga en aparejarle, supongo que no se caerá usted.

— Pierda cuidado la señora condesa.

— Va usted al cortijo, no á la quinta, y á cualquiera criado, pero no á mujer, porque suelen ser descuidadas, le entrega esa carta para el señor marqués de Criptana, recomendando la urgencia.

— ¿No puedo ver yo mismo al señor marqués?

— Al contrario, procure usted hacerse notar lo menos posible, y alejarse en seguida del cortijo. Tiene usted media hora para la ida y vuelta.

IX

Todavía estaba el marqués en su habitación, cuando Delfín le presentó la carta que le había dado un mozo del cortijo.

— ¿Una carta para mí, cuando apenas he llegado?, dijo á su ayuda de cámara. ¿Quién la ha traído?

— No sé, señor, no le he visto. Pareciéndome raro, como á V. E., he preguntado á un hijo del capataz del cortijo, que es quien me la ha entregado, y me ha dicho que estando él á la puerta cargando fruta, llegó un hombre que no parecía del campo en un caballo en pelo, con solo cabezón de serreta, y se la dió, marchándose en seguida al galope.

Durante esta explicación de Delfín, abrió el marqués la carta, que estaba bien cerrada, se aproximó á una ventana, porque empezaba á anochecer, y leyó.

Quedóse un momento pensativo. Luego se sentó en una silla cerca de la ventana, y dijo al ayuda de cámara que esperaba órdenes, según costumbre cuando entregaba una carta:

— Encienda usted luces y váyase.

Delfín sacó del bolsillo una caja de fósforos y encendió las cuatro bujías de dos candelabros que había sobre una consola. Cuando se quedó solo, el marqués se aproximó á la mesa y volvió á leer la carta, que decía así:

«Por si el marqués de Criptana desea conocer al amante de su mujer, que ya en otra ocasión se le es-

currió de entre las manos, se le advierte que *el feliz mortal* entrará esta noche en la quinta á las once en punto por la puerta pequeña del jardín. — *Uno que todo lo sabe.*»

Imposible sería expresar el asombro y la cólera del marqués. Este segundo anónimo le recordaba el que había recibido en Madrid. Parecían de la misma procedencia, puesto que hacía referencia al hecho que motivó aquél.

Soledad se burlaba de él, faltaba á su palabra, y él tan estúpido que había cumplido la suya trayéndole á su hija! ¿Sería posible tal monstruosidad? ¿No mentiría aquel infame escrito? «¡Ah, no! — pensaba. — La otra vez no mintió,» y descendiendo á ideas de orden secundario que calmaban su exasperación, se decía: «¿De quién provendrá este estigma de deshonor que me sigue á todas partes? ¿Quién y con qué objeto se ocupará tan tenazmente de mí?..»

Tiró de un antiguo é historiado cordón de campanilla: parecía haber tomado una resolución. Presentóse el ayuda de cámara.

— Vaya usted á ver si mi hija está todavía en su cuarto, y vuelva.

Volvió Delfín y dijo:

— La señorita y la doncella están arreglando una cómoda.

— ¿Solas?

— Solas.

— Está bien. Avise usted en seguida á los conductores que nos han traído que enganchen los carruajes, por lo menos la carretela. Volvemos á Córdoba. Allí comerán. Pero todo á escape, ¿entiende usted?

— ¿Debo acompañar al señor marqués?

— No. Vaya usted corriendo.

Delfín, acostumbrado á los caprichos de su amo, fué precipitadamente.

El marqués atravesó el recibimiento que separaba su habitación de la de su hija, empujó la puerta, que estaba entornada, y llamó:

— Joaquina.

— ¿Papá?

— Ven en seguida á mi cuarto.

Momentos después entró Joaquina en la habitación de su padre. Cerró éste la puerta, no sin sorpresa de la joven, en vista de aquella precaución.

— ¿Qué quieres, papá?

— Siéntate.

El marqués, por un esfuerzo de voluntad, estaba, al parecer, sereno. Se sentó al lado de su hija y en voz muy baja le dijo:

— Oye, Joaquina, acabo de cumplir todos tus deseos: te he sacado de la pensión, te he traído al lado de tu madre...

— Pero ¿á qué viene eso?, interrumpió la joven. ¿No te crees suficientemente pagado? Pues toma.

É incorporándose con un gracioso movimiento, cogió á su padre por la cabeza y le dió un beso en cada mejilla.

— Ten juicio, se trata de una cosa muy seria.

— ¿Una cosa muy seria?, repitió la joven, preocupada del tono casi solemne de su padre.

— Oyeme con atención, prosiguió éste; que cuando quieres, bien sabes hacerlo. He recibido una carta de negocios importante y me voy á Córdoba inmediatamente.

— ¿Te vas sin comer con nosotras?

— No puedo detenerme, contestó el marqués.

Y luego, como si buscara palabras, prosiguió diciendo:

— Te he recordado mis finezas porque voy á poner á prueba tu cariño y tu obediencia.

Y como Joaquina le mirase cada vez más sorprendida, repuso:

— Además de mi negocio de Córdoba, se trata de desbaratar esta misma noche un infame complot urdido contra tu madre...

— ¿Contra mamá?

— Ambas cosas están relacionadas...

— Supongo que ya la habrás advertido.

— No, pues conviene que tu madre no sepa nada.

— ¿Cómo?

— Es una rara combinación de circunstancias. Ya sabrás. Para cortar radicalmente la trama es preciso que todos, incluso tu madre, la ignoren.

— Entonces, ¿por qué me hablas de ella?

— No te hablo de ella, te prevengo.

— ¿El qué?

— Es casi seguro que á las diez y media hayáis comido y os hayáis acostado.

— Es probable.

— Pues bien: si por rara casualidad se prolonga vuestra velada, te advierto que á esa hora te retires á tu cuarto con tu doncella y os recojáis...

— ¿Pero si hay un peligro?..

— Para ti no.

— Pero para mamá...

- Tampoco. Se trata de dejar hacer á esos canallas y sorprenderlos.

- ¡Ah!

- Te retiras á tu cuarto, duermes tranquila, y si oyes algo no te asustes.

- ¿Cómo no, si ya lo estoy ahora?

- En fin, hija mía, no tengo tiempo que perder. ¿Me das palabra de seguir mis instrucciones?

- Pero papá...

- Lo exijo á tu cariño y obediencia. No hables de esto ni á tu madre ni á nadie. Retírate antes de las diez y media. Te repito que esto entraña un asunto grave para todos si no procedemos con cautela.

Y viendo que su hija callaba, prosiguió diciendo:

- ¡Oh, Joaquina, no esperaba esta resistencia de tu parte!

- Papá...

- ¿Me das palabra de obedecerme?

- ¿Y qué he de hacer si lo exiges?

- ¡Ah, niña mía, así te quiero yo!

Y besando con efusión á su hija repuso:

- ¿Tengo tu palabra?

- Sí.

- Te recuerdo lo que tú á mí en París, el lema de Criptana: *¡Dios y mi palabra!*

- Sí.

En aquel momento oyóse ruido de pasos en la escalera, y poco después entró en el cuarto Soledad, y detrás de ella Delfín, el ayuda de cámara. Por más que ésta hacía esfuerzos sobrehumanos para sobreponerse á la agitación que la dominaba cada vez más, á medida que se aproximaba la hora de su cita con Felicio, el marqués notó su palidez y excitación nerviosa. «¡Infame! - pensó. - Quizá tiene miedo, pero su ciega pasión se sobrepone á todo.»

- Cuando queráis comeremos, dijo Soledad.

El marqués aparentó no oír á su mujer y preguntó al ayuda de cámara:

- ¿Han enganchado?

- Vengo á decírselo á V. E.

Entonces aquél, con gran sorpresa de Soledad, se puso un sobretodo y pidió á Delfín un sombrero. El ayuda de cámara le trajo uno claro, flexible y de anchas alas.

- Pero qué, ¿te vas, no comes aquí?, le preguntó Soledad.

- No puedo, ya se lo he dicho á Joaquina. Acabo de recibir una carta y me llaman á Córdoba. Se trata del ferrocarril de Huelva: ha habido un desfalco enorme, tenemos junta á las ocho y media y son más de las ocho.

- ¿Pero comerás después? ¿Te aguardaremos?

- No, no me aguardéis ni á comer ni á dormir. Dios sabe á qué hora acabaremos, y es inútil que os molestéis.

Me iré á la fonda, ó lo probable es que pase la noche en el casino. Ahora amanece en seguida y volveré con la fresca.

Durante este diálogo, Joaquina, sentada en un sillón, apoyando el codo en un brazo de éste y la cabeza en la palma de la mano, no se atrevía á mirar á su madre por miedo de no poder contenerse y faltar á la palabra que había dado al marqués.

Este se puso unos guantes de seda, dió un beso á su hija, estrechó la mano de su mujer y salió diciendo:

- Hasta mañana temprano.

Y al bajar la escalera pensaba:

«¡Falsa! ¡Se ha dignado tutearme!»

Tal vez Soledad extrañó la repentina ausencia de su marido en la misma noche en que ella aguardaba á Felicio; quizá pensó en la eterna leyenda del esposo que finge un viaje para sorprender á la esposa infiel; pero esta idea no debía labrar en ella. Verdad era que ya otra vez había sido sorprendida en Madrid; pero allí la sorpresa tenía explicación. Por más que ella se recatara todo lo posible en sus salidas nocturnas, y buscara los sitios retirados, pudo haber alguien que la conociese y la espíase. Aun cuando después que conoció á Felicio observaron ambos las mismas precauciones, pudieron ser vistos por ese alguien, que por interés ó por gusto de hacer daño vendió su secreto al marqués. Pero en el campo no eran posibles tales emergencias: ella no había visto á Felicio, la carta que le dirigió había llegado á su destino, puesto que aquél había venido: carta puesta en el correo por Rosa, su doncella, su amiga, casi su

hija, supuesto que la tenía á su lado desde los diez años de edad. Sebastiana la guardesa, la hermana de Rosa, le era también completamente adicta, y además no podía suponer que en tan breve plazo vendiera su secreto. Había otra persona que le conocía: la condesa de Lebrín; pero ¿cómo sospechar de Dorila, una señora, su amiga de tantos años? ¿Quién, pues, pudo denunciarla á su marido? Nadie: esto era absurdo, estaba tranquila. Es más, la ausencia del marqués la alivió de un gran peso, haciendo menos arriesgada su cita con Felicio. Vería á éste, le haría saber la llegada de su familia, y ¡quién sabe!, este obstáculo imprevisto sería su salvación. Acaso á estas ideas se unía la de su amor contrariado; pero en igua-



Se acerca á la puerta pequeña, se inclina como para escuchar...

les circunstancias siempre domina en toda mujer honrada la idea de la virtud. Así fué que cuando se sentó á comer con su hija, hallábase relativamente tranquila.

Comieron solas, pues Juana de Dios lo hacía siempre más temprano. Soledad no pudo menos de extrañar el silencio y el desmadejamiento, digámoslo así, de Joaquina, pero lo achacó al cansancio del día. La joven estaba preocupada; mientras comía maquinalmente, pensaba en las extrañas advertencias de su padre. Su precoz inteligencia haciale entrever confusamente la verdad. Tenía miedo á un peligro que presentía, en el que la más amenazada era su madre: dos ó tres veces estuvo á punto de faltar á su promesa; pero se contuvo, quizá su indiscreción podía empeorar las cosas... No sabía qué hacer.

Acabaron de comer á las nueve y media.

- Ve á acostarte, Joaquina, dijo Soledad. Debes estar cansada. Mañana iré yo á despertarte.

- Sí que lo estoy, mamá, me he levantado al amanecer. Y tú ¿qué vas á hacer, vas también á recogerte?

- No tardaré, contestó Soledad, avergonzándose interiormente de su mentira.

- Manda cerrar bien las puertas.

- Aquí no hay cuidado. Duerme tranquila. Mañana hablaremos mucho; pues lo que es hoy apenas hemos podido hacerlo.

- Sí, mamá. Un beso.

Madre é hija se abrazaron, con efusión por parte de la primera, y con un estremecimiento nervioso que la joven no pudo contener.

X

Llegamos al fin de esta historia, que parecería una novela si la ficción no fuera la mayor parte de las veces más verosímil que la realidad. No es extraño que la imaginación del hombre, que observa los acontecimientos que ve, y en los que á veces toma parte, haya creado los dos mitos opuestos que influyen en los destinos humanos. Porque la intervención de la casualidad, ciega, como lo indica su nombre, no basta á explicar la ingeniosa urdimbre de ciertos sucesos. Parece como que el ángel bueno y el ángel malo, Omazor y Arimanes, dominando á intervalos, preparan con singular inteligencia la *máquina* del poema de la humanidad.

A las diez y media de la noche, los habitantes del cortijo de San Rafael se hallaban entregados al descanso. Sólo velaban dos personas: Soledad y su hija. Joaquina, que después de comer había subido á su cuarto acompañada de su doncella, dijo á ésta:

- Acuéstese usted, yo voy á leer un rato.

- Esperaré á que acabe la señorita.

- No, me desnudaré sola.

La doncella no se lo hizo repetir: estaba cansada del trajín del día.

El cuarto de Joaquina se componía de cinco piezas, grandes como todas las de la quinta: junto al recibimiento ó última meseta de la escalera una sala, luego una pieza de tocador, después el dormitorio, y á ambos lados de éste una pieza de baño y la alcoba de la doncella. Al despedir á ésta, la joven estaba en la pieza de tocador, en la que había dos bujías encendidas; pero cuando se quedó sola salióse á la sala, dejando las luces en la pieza inmediata, porque la sala era la única pieza que tenía ventana que daba al jardín. Esta ventana, abierta sobre la puerta de la quinta, enfilaba á una ancha calle de árboles que dividía casi por mitad á aquél, y terminaba en línea recta junto á la valla que separaba el jardín del patio del cortijo. A la entrada de esta calle, á uno y otro lado, había dos grandes faroles que quedaban encendidos toda la noche, por si los señores se retiraban tarde; y en el extremo, al lado de la valla, otros dos pequeños que alumbraban á los mozos cuando se levantaban á echar pienso al ganado ó salían temprano del cortijo. Joaquina, cada vez más sobresaltada á medida que avanzaba la noche, paseaba con agitación desde el tocador á la ventana del jardín; pues suponía que si algo hubiere de suceder, sucedería en el interior de la quinta. Deteníase á ratos en la ventana, cuyos cristales estaban cerrados, pues desde anochecido era mayor el frío.

Al anochecer, un viento Norte había barrido las nubes, el cielo estaba tachonado de estrellas, y la luna, que iba á entrar en su plenitud, clareaba el jardín. Desde la ventana veíanse las dos puertas de éste: la grande á la derecha, la pequeña á la izquierda. Desde las diez y media, hora señalada por su padre, aumentóse la agitación de Joaquina. Torturaba su imaginación para encontrar la clave de aquel enigma. ¿Qué iba á suceder? ¿Qué peligro amenazaba á su madre? ¿Por qué su padre en vez de quedarse para evitarle se alejaba del cortijo? Conforme avanzaba el tiempo eran más frecuentes sus paradas en la ventana, miraba hacia todas partes con inquietud, y para oír mejor entreabrió las vidrieras. Nada se oía: al entrar bien la noche había cesado el viento y no se movía ni una rama ni una hoja: hasta los grillos callaban, sorprendidos quizá por aquel frío extemporáneo. En una ocasión, cuando iba á retirarse de la ventana para dar sus agitados y pensativos paseos, Joaquina vió la silueta de una mujer destacarse en la plazuela del jardín; miró con toda su alma, y su corazón latió más violentamente, porque aquella mujer era su madre. Sí, su madre: no era posible confundir con otra alguna aquella forma esbelta y gallarda, que parecía deslizarse en vez de andar.

«¡Su madre no se había acostado, salía al jardín á pesar de lo despacible de la noche! ¿Qué iba á hacer allí?... ¡Ah! ¡Se acerca á la puerta pequeña, se inclina como para escuchar, permanece así algunos instantes, y luego vuelve hacia la quinta!

(Concluirá)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS MÁQUINAS DE ESCRIBIR DE HÁMMOND

De las industrias modernas que han tomado asombroso incremento en estos últimos años se destaca la que tiene por objeto fabricar las máquinas de es-

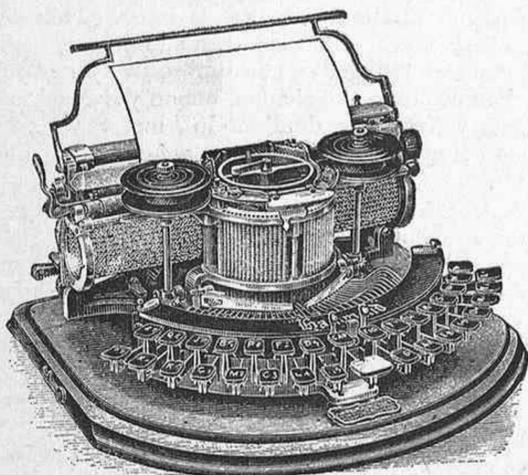


Fig. 1. - Máquina de escribir Hámmond

cribir. Esta utilísima en este país, casi indispensable invención, se tuvo en un principio como un juguete interesante. Hoy da ocupación á millares de empleados, y sus fábricas necesitan de grandes capitales y de talleres muy bien provistos de maquinaria.

Desde luego que nuestros lectores conocen los distintos tipos de máquinas de escribir; pero no así probablemente todos sus órganos y distinto modo de funcionar. En el presente artículo y las ilustraciones que lo acompañan damos á conocer los principales detalles de la máquina Hámmond. Esta máquina pertenece á la clase de *rueda de tipo*. Hay otra denominada *barra de tipo*. En la segunda clase el tipo, ó sea la letra, se encuentra en el extremo de una barra, cuya serie se monta en un bastidor circular. Al tocar la tecla correspondiente á cada barra la letra se marca de por sí en el papel colocado centralmente entre las letras. En la primera clase, y á ésta pertenece la máquina Hámmond, de que nos ocuparemos, hallándose las letras talladas en una pieza, llamada la *lanzadera de tipos* (fig. 4), que oscila horizontalmente en la circunferencia de un anillo, llamado el *yunque* (fig. 6), cuando se toca una tecla, la lanzadera trae á su puesto la letra correspondiente, que se marca en el instante que el martillo, I, de la fig. 6, actuado por un resorte propio, pone en contacto el papel con la letra.

El yunque, colocado rígida y centralmente en la máquina, es una rueda sólida de acero, llamada también disco anular. Lo mantiene en su puesto un eje central y vertical que encaja en un intersticio de la barra transversal del yunque. En el exterior de éste y adaptándose bien á su circunferencia va la lanzadera de vulcanita (fig. 4), en cuya cara exterior van talladas las letras, como queda expuesto. Sirve de base á la vulcanita, formando verdaderamente la lanzadera, una montura delgada de acero, que pasa por una entalladura horizontal, donde corre libremente. Está abierta en el yunque y sirve de guía horizontal para dicha lanzadera.

El brazo B de ésta va montado en el mismo eje

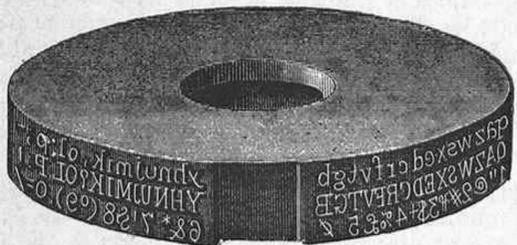


Fig. 2. - Rueda de acero en donde se graban los tipos

central del yunque, y encaja en una punta vertical de su extremo en la montura de acero de la lanzadera. El extremo opuesto de dicho brazo B sale por debajo del yunque y se mueve fácilmente en un bastidor circular, que lleva tantos agujeros como hay líneas verticales de tipo ó letra en la lanzadera. La distancia que media entre ellos corresponde con toda exactitud con la distancia horizontal que media entre las letras de la lanzadera. Funcionan verticalmente en aquellos agujeros una serie de barritas C, que se mantienen sobre las palancas D de las teclas, por medio de resortes espirales. Nótese que el brazo B, inmediatamente detrás de la punta en que gira, lleva dos entalladuras, una á cada lado, donde encajan dos brazos verticales, que reciben su movimiento de la

palanca D por medio del brazo F. He aquí cómo funciona la máquina:

Tocando la tecla, la bajada del extremo de la palanca D hace subir la barrita C, que lleva en el extremo opuesto, y también la palanca F, que empuja el eje vertical hacia adelante, haciendo girar el brazo B de la lanzadera hasta que lo detenga la barrita C. De ese modo viene á su debido puesto para que pueda efectuarse la impresión. Continuando la subida del extremo de la barra D, dicho extremo levantará la palanca E, cuyo brazo baja la pieza G, que actúa el engranaje que suelta el martillo de impresión para que con su otro extremo empuje el papel contra la letra presentada por la lanzadera. La tensión del resorte del martillo, y por consiguiente la fuerza de su golpe, se determina por medio de un tornillo dispuesto para ello. En cuanto se suelta la tecla de la barra D, todos los órganos vuelven automáticamente á su respectiva posición normal.

El carácter especial de la máquina Hámmond ha requerido la instalación de talleres especiales, que presentan detalles muy interesantes. El tipo (muy variado y de distintos alfabetos para que sirva para todos los idiomas) se graba primero en una rueda de acero (fig. 2), operación que requiere un aparato es-

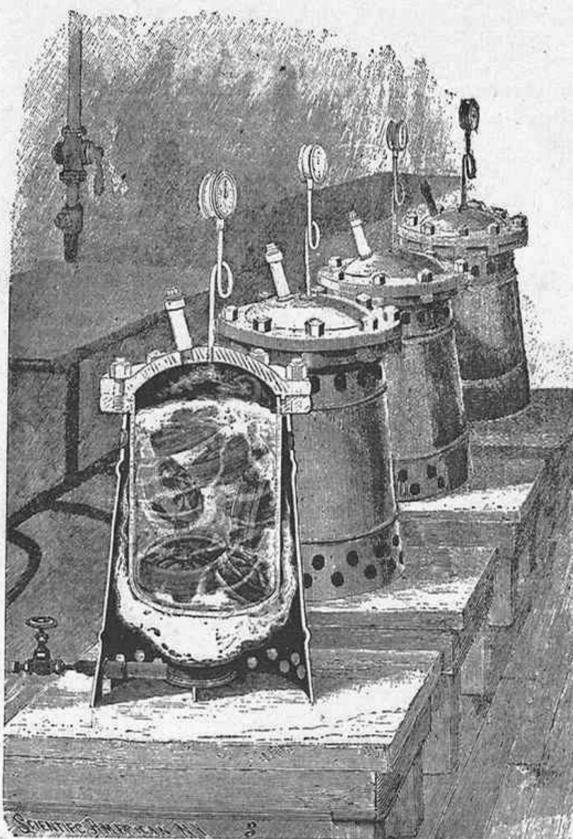


Fig. 3. - Vulcanizadores

pecial que consiste en una placa circular donde se levanta un disco central provisto de un brazo que llega á su periferia. El disco y su brazo giran concéntricamente sobre la placa. Esta está perforada con agujeros que corresponden con los que lleva el bastidor de las barritas C. El brazo del disco central lleva un puntal para mantenerlo en la posición correspondiente á la letra cuyo lugar hay que marcar en la rueda de acero. Esta se coloca en el disco central, y al trasladar su brazo á los agujeros sucesivos, el operario marca con el instrumento que tiene en la mano la posición de la letra en la rueda.

Con ésta se forma una matriz de metal, cuyos segmentos se disponen á lo largo de la circunferencia interior de un molde circular donde se comprimen tiras de una composición especial de caucho. La delgada pieza de acero que forma la montura de la lanzadera se comprime en el caucho, y se fijan los moldes para colocarlos en los vulcanizadores (fig. 3),



Fig. 4. - Lanzadera de tipos

donde se les somete á una temperatura cuyo calor equivale á una presión de 100 libras por pulgada cuadrada.

El vulcanizador se compone de un cilindro provis-

to de una tapa á prueba de vapor. Se le pone agua y los artículos que se desea vulcanizar, y por medio de un mechero ó quemador de Bunsen, indicado en el grabado figura 3, se obtiene el calor necesario. Ter-

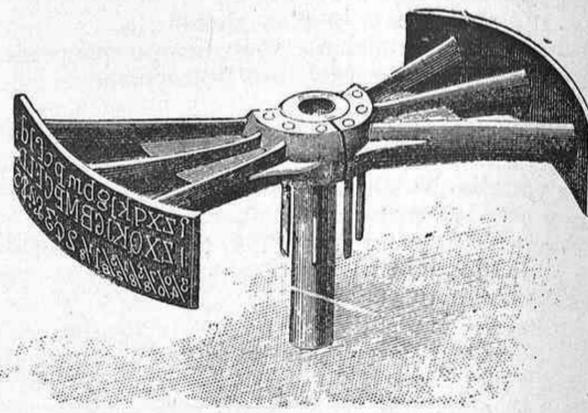


Fig. 5. - Otro tipo de lanzadera de tipos

minada la operación, la lanzadera vulcanizada, y llevando su montura de acero, se coloca en el aparato donde se grabó la rueda de acero, y se le hace el agujero fig. 6, cerca de A, que sirve para encajarla en el brazo B. Esta perforación requiere mucha habilidad, pues la menor desviación hacia un lado ú otro desvirtúa la debida posición de la letra.

Para sustituir una lanzadera por otra se levanta el yunque hasta que la montura de acero sale del extremo del brazo de la lanzadera. Como cada una de éstas encierra un alfabeto completo, las variaciones de letras que se pueden obtener son muchísimas. La compañía tiene muestras en 37 clases de tipos y 14 idiomas.

La máquina Hámmond tiene dos teclados, el llamado *Ideal*, que es el recomendado por los fabricantes, y el *Universal*, que lleva las teclas dispuestas como en otras máquinas bien conocidas. El teclado *Ideal* tiene las teclas en forma circular y en dos líneas. Las letras de mayor uso van á la derecha y cerca del centro del teclado.

La figura 5 indica otra forma de lanzadera. Es de dos segmentos, y en cada uno va la mitad del número de letras. Cada uno de los dos brazos verticales

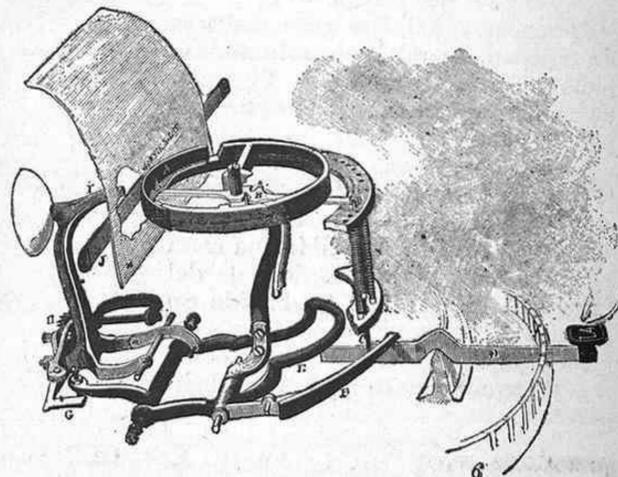


Fig. 6. - Mecanismo de la máquina de escribir

de la palanca encaja en uno de los segmentos. Esta fué la forma primitiva, y la de una sola pieza es la lanzadera perfeccionada. El peso total de la máquina con su caja de transporte es de 19 libras.

**

EL FLUORÓSCOPO DE EDISON

Se tenía por cierto que el notable descubrimiento de los rayos catódicos, denominados hoy rayos de Röntgen, habría de despertar la imaginación siempre alerta de Edison. Así ha sucedido en efecto. Inmediatamente se puso Edison á trabajar, y casi instantáneamente dió con lo que buscaba.

No se puede dudar que el descubrimiento del profesor Röntgen estaba llamado á prestar inapreciables servicios á la ciencia en general, y principalmente á la ciencia del diagnóstico médico. Pero toda operación fotográfica es relativamente lenta; pues sin contar el tiempo de exposición necesaria, que en el caso de la radiografía es largo, hay también que desarrollar la imagen, sacar la prueba, etc.

Edison se dijo: «lo que puede fotografiarse puede con más razón verse;» y se ocupó en seguida de modificar los tubos de Crookes, de modo que pudiesen tener mayor fuerza de alumbrado. Al cabo de dos meses, el sabio americano tuvo la satisfacción de lograr buen éxito en su doble tentativa, como ya lo sabe el mundo entero, pues la prensa científica y la

diaria de todas partes inmediatamente regó la noticia de la invención del fluoroscopio.

Como queda dicho, Edison se propone doble objeto: ante todo, el perfeccionamiento del tubo de Crookes, en seguida la invención de un aparato, el fluoroscopio, que permitiese ver los fenómenos producidos por los rayos X ó catódicos, para observarlos directamente y sin el auxilio de ninguna operación fotográfica. Después de innumerables ensayos, relativos á la forma, las dimensiones, el material de los tubos de Crookes, Edison acabó adoptando un

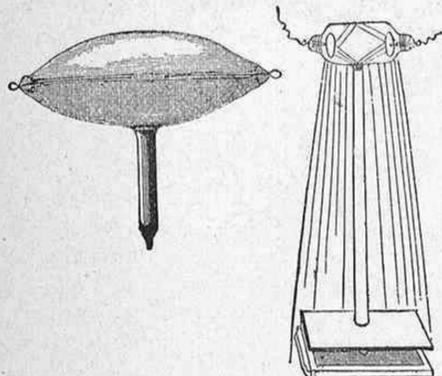


Fig. 1. - El fluoroscopio de Edison

tubo de forma elipsoidal y como de unas cinco pulgadas de longitud.

En cada extremidad se encuentran dos discos electrodos de aluminio, colocados en el interior y ligeramente inclinados uno hacia el otro. Las extremidades exteriores del tubo se hallan cubiertas con unos sombreros metálicos, que forman los electrodos interiores. Estos dan un 60 por ciento y los anteriores un 40 del efecto total.

El tubo va herméticamente cerrado por sus dos extremidades y contiene otro tubito que puede comunicarse con una bomba de aire, del modelo de Geissler ó de Sprengel. Al cabo de media hora de funcionar la bomba produce el vacío necesario para el completo desarrollo de los rayos catódicos. Este aparato va representado en la figura 1 á la par que otra especie de tubo, provisto simplemente de electrodos interiores de alambre de hierro.

Faltaba encontrar el aparato fluorescente, la manera de construirlo y el mejor medio posible de fluo-

rescencia. Edison empezó á probar con la sal de bario utilizada por el mismo Röntgen, sin quedar satisfecho. ¡Qué largos fueron los ensayos! Mas de doscientos productos distintos se examinaron sucesivamente. Para probarlos el inventor se sirvió de una caja de cerca de dos pulgadas de ancho y como cuatro de largo, que llevaba un agujero en el fondo. Uno de sus ayudantes buscaba los productos y se los traía sucesivamente. Se ponía uno en la caja, y Edison tendía la vista al través del agujero de la caja, hacia un tubo activo de Crookes. Las pruebas continuaron sin interrupción alguna durante cuatro días y sus noches. Se abandonaban multitud de sales, se conservaban otras como suficientemente fluorescentes; pero la suerte cayó en un tungstato de calcio, cerca de ocho veces más enérgico que el platinocianuro de bario.

El tungstato de calcio se obtiene haciendo fundir á la vez una mezcla de cloruro de calcio, de cloruro de sodio y de tungstato de sodio. El producto así obtenido se trata por el agua, que disuelve el cloruro de sodio y abandona cristales insolubles de tungstato de calcio. Inmediatamente se les seca y tritura, después se distribuyen en una pantalla de cartón de modo que formen una superficie lisa y uniforme. Esa pantalla se pone en el extremo de la caja de cartón, colocando hacia adentro la cara preparada. El otro extremo de la caja se hace de modo que rodee la cara por la parte de los ojos, tal cual lo indica la figura 2. Colocando la mano delante de esta caja y haciendo caer sobre ella los rayos X, se verá fluorescente toda su superficie, exceptuando algunas sombras debidas al efecto especial; apareciendo los detalles aparecerán con la misma perfección, y tal vez mejor, que en las radiografías de Röntgen.

En la figura 2 se tiene el aparato montado y en función. El tubo de Crookes está encerrado en la caja de madera. Una persona pone la mano ó el brazo sobre la caja, y el observador, fijándose ó poniéndose en la cara el fluoroscopio, como lo indica la figura 2, ve el estado de los huesos. Una bobina de inducción con un interruptor de rotación actuado por un motor es lo mejor para el caso, pues Edison dice que el condensador contraría el efecto.

Al hacer sus ensayos Edison puso el tubo que empleó sobre la bomba de aire. Gradualmente y á medida que se hacía el vacío se notaba la aparición de la fluorescencia, y por medio de un espectróscopo

de bolsillo se observaba el período de desaparición de las bandas. Al fin, se empezó á notar la radiación de los rayos X. Se puso el fluoroscopio en la cara, y su base se presentó brillantemente iluminada. Se le tapó con la mano y se produjo una sombra. A cada instante aumentaba la intensidad del efecto, hasta que por último se presentaron bruscamente los huesos, viéndoseles los contornos con absoluta preci-

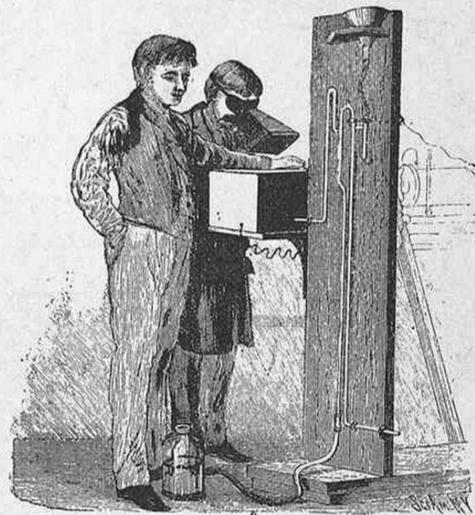


Fig. 2. - El fluoroscopio de Edison

sión, al mismo tiempo que los músculos desaparecían completamente y como por encanto.

Presentada la parte inferior del brazo delante del fluoroscopio, dejó ver con toda claridad el espacio comprendido entre los huesos, el radio y el cúbito. Un portamoneda, cuyas quijadas de acero no se habían abierto, dejaba contar las monedas que encerraba. Puesta una tabla de cierto espesor entre el objeto y el instrumento, no disminuía el vigor de la imagen sino de una manera insignificante.

Fácil le es al lector imaginarse, ahora que conoce el fluoroscopio, la importancia que este nuevo instrumento tiene para los médicos y especialmente para los cirujanos.

La gran gloria de Edison acaba de aumentarse con un descubrimiento tan maravilloso como los demás suyos que ya se conocen.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, 21, Barcelona (Gracia)

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DRORIAS

ANEMIA CLOROSIS DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curada por el Verdadero Único aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

DICCIONARIO ENCICLOPEDICO
HISPANO-AMERICANO
 Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.
 MONTANER Y SIMON, EDITORES

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el Vigor, la Coloración y la *Energia vitali*.
 Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm. 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
 el nombre y la firma **EXIJASE AROUD**

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París.
Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de París
 LABELONYE y C^a, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provençe, en PARIS
 En MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconstar de las Imitaciones.

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan cio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero) Para los brazos, empleese el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.



La Aurora, pintura decorativa de Manuel Domínguez

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK



Estreñimiento,
 Jaqueca,
 Malestar, Pesadez gástrica,
 Congestiones
 curados ó prevenidos.
 (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY
 Y en todas las Farmacias

CARNE y QUINA
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energetico.
VINO AROUD con QUINA
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estomago* y los *intestinos*.
 Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de Quina de Aroud*.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmo, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXÍJASE el nombre y la firma AROUD

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

CARRERAS-CAZA
EMBROCCACION MÉRÉ de Chantilly
INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR
LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Especidiones: J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo à las personas delicadas; como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno à su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTENTINOS.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente à los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN